EUSEBIO SIERRA ✤ JOAQUIN ABATI

ALSINA Y RIPOLL

(FROMONT JEUNE ET RISLER AINÉ)

COMEDIA

en cinco actos y en prosa

ORIGINAL DE

ALFONSO DAUDET y ADOLFO BELOT

TRADUCIDA Y ADAPTADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

ALSINA Y RIPOLL

EUSEBIO SIERRA ✣ JOAQUÍN ABATI

ALSINA Y RIPOLL

(FROMONT JEUNE ET RISLER AINÉ)

COMEDIA

en cinco actos y en prosa

ORIGINAL DE

ALFONSO DAUDET y ADOLFO BELOT

TRADUCIDA Y ADAPTADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 5 de Diciembre de 1905



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1906

A Paco García Ortega

nombre y apellido que nos dispensa de todo elogio.

Sus agradecidos,

Eusebio Sierra.

Joaquín Abati.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARMEN	Srta.	Moreno.
REGINA		Blanco.
LUISA		Oria.
CRISTETA ANTÚNEZ	Sra.	Bagá.
MISS DOBSON		Camps.
VALENTINA, doncella	Srta.	Gil.
UNA CRIADA		Nalda.
FLORENCIO RIPOLL	Sr.	García Ortega.
EDUARDO		Del Cerro.
ANTONIO PALACIOS		Altarriba.
JULIO ALSINA		Torner.
LANZAGORTA		Sepúlveda.
ANTÚNEZ		López Alonso.
CLAUDIO, jefe de comedor		Castro.
TOM, lacayo / UN COBRADOR		Montenegro.
UN CAMARERO		Thomas.

La acción en Barcelona.--Época actual

Derecha é izquierda las del actor

ACTO PRIMERO

Un saloncito en casa de Alsina. A la izquierda, un espejo. A la derecha, un sofá. En el foro dos grandes cortinones que cuando se abren dejan ver otro gran salón de baile con profusa iluminación, piano y atriles de música. Dos puertas laterales á la derecha. Una á la izquierda. Candelabros con bujías.

ESCENA PRIMERA

CLAUDIO y UN CAMARERO. Al levantarse el telón, el Camarero, que acaba de entrar por la izquierda, lanza una mirada rápida en torno suyo, y empieza á beber á hurtadillas una botella de Champagne que trae

CAM. (Bebiendo.) ¡Buena persona la *Veuve de Coquelicot Ponsardinas!* (Mientras bebe, las cortinas del foro se entreabren y aparece Claudio. Aspecto majestuoso, traje de jefe de comedor. Lleva una bandeja con dos vasos vacíos.)

CLAU. (Dando un golpecito en la espalda al Camarero.) ¡Eh... eh... caballerito! ¿qué libertades son esas?

CAM. (Volviéndose asustado.) ¡Ay! señor Claudio... dispense usted... un dedo de Champagne que quedaba... y yo...

CLAU. Y tú te chupabas el dedo, ¿eh? (Le quita la botella.) Eso no se hace... eso no está bien. (Vacía el contenido de la botella en un vaso.) Las escurriduras pertenecen de derecho á los jefes de comedor. (Bebe.) Toma. (Le da la bandeja

y la botella.) y acaba de encender el salón. Ya van á levantarse de la mesa.

CAM. ¿Qué clase de gente es esta, señor Claudio? La novia es muy guapa.

CLAU. (Con desprecio.) ¡Pst! .. comerciantes... Alsina y Ripoll. Fabricantes de papeles pintados; los dueños de esta fábrica.

CAM. ¡Ah!

CLAU. Don Florencio Ripoll es el contrayente, y su socio le obsequia con una comida, que encargó ayer en nuestra fonda.

CAM. Hay tipos muy ordinarios.

CLAU. La familia Ripoll. En cambio los Alsina son distinguidillos... en lo que cabe... ¡pts!... ya vienen... enciende... ¡vivo! (Vase por el fondo.)

ESCENA II

DOÑA CRISTETA, ANTÚNEZ y el CAMARERO, que enciende algunas luces que estaban apagadas. Antúnez sale por la izquierda, con la servilleta prendida al cuello. Viene muy furioso. Ostenta una gran calva con algunos pelos en el centro. Tipo ridículo. Doña Cristeta lleva un vestido verde de hechura anticuada. Entra comiendo aún, con la boca llena, y aspecto satisfecho y bonachón. El contraste entre estos dos personajes será completo. El, siempre rabioso y descontentadizo; ella, dulce y persuasiva

ANT. ¡Esto es escandaloso! ¡Esto no tiene nombre! ¡Jamás olvidaré la ofensa que me han hecho!

CRIS. (Siguiéndole.) Vamos, Gregorio, no te excites. Un día como este...

ANT. (Al Camarero, que le mira atentamente.) ¿Qué? ¿qué me mira usted? ¿Tengo monos en la cara? (El Camarero se va por el foro.) ¡Ponerme al final de la mesa! ¡A mí!... ¡A Gregorio Antúnez!... ¡Al padre de la novia! ¡Al esposo de la madre de la novia! Pero eso sí, Alsina á la izquierda de la novia, ocupando mi puesto.

CRIS. Porque es el socio de nuestro yerno.

ANT. No. Es que tratan de humillarme.

CRIS. ¡Qué tontería!

ANT. ¿Ah, tontería? ¿No es ridícula la importancia que los Alsina tienen en esta boda? Todos están ahí con sus mujeres, con sus chiquillos, con sus amigos, con los amigos de sus amigos... Parece que es un Alsina quien se casa... ¿Se ocupa nadie de los Ripoll ó de los Antúnez? Ni siquiera me han presentado... á mí... al padre de la novia... al suegro del novio de la novia... al...

CRIS. La culpa la tiene Ripoll. Nuestro yerno es tan distraído... anda con sus invenciones á vueltas... le encuentro una timidez... una...

ANT. Una estupidez... dilo de una vez. Siempre inclinado ante su socio, la mujer de su socio, la familia de su socio. Con un yerno así, es imposible que nos respeten. (Se sienta á la izquierda.)

CRIS. (Pelando una naranja que saca del bolsillo.) Hay que confesar, sin embargo, que Florencio se encuentra en una posición delicada. Entró en casa de Alsina como simple dibujante, y no es extraño que habiendo sido tanto tiempo dependiente, conserve cierto encogimiento frente á sus antiguos amos.

ANT. Pues si está encogido, que se enderece.

CRIS. Después de todo, nos ha venido Dios á ver con este matrimonio. No tenemos dos pesetas, mis catorce mil duros de dote han volado en especulaciones desastrosas.

ANT. Bueno. Si vas á echarme en cara...

CRIS. No es eso. Quiero decir que has sido desgraciado en tus empresas.

ANT. Y sin embargo, eran magníficas. Cuidado con aquél depósito que establecí de paraguas de alquiler... ¡Fué un año tan seco! Pues el centro de colocación de nodrizas, era una gran idea... Pero aquél año dieron los chiquillos en no nacer... y me hundieron el negocio...

CRIS. El hecho es que nuestra hija Carmen, sin un real de dote, estaba destinada á ser la esposa de un cualquiera... de un empleado... como Eduardo, el hermano de Ripoll.

ANT. (Indignado.) ¡Valiente partido! Miseria y compañía. Ya sabes que ella no quiso...

CRIS. O á quedarse soltera, como su amiga la pobre Regina Lanzagorta.

ANT. Ah, sí, los Lanzagorta. ¿Cómo se le habrá ocurrido á Florencio invitarlos al banquete? ¡Son unos convidados que honran á cualquiera!

CRIS. ¡Pobres! ¡A mí me dan lástima! ¡Regina es tan trabajadora, tan valiente!... Esa infeliz cojita se pasa todo el día encorvada sobre su mesa de labor, fabricando pájaros y plumas para sombreros, ganando ella sola el pan de la casa...

ANT. Sí... la hija... no digo que no... pero el padre... un cómico de la legua... y un cargante de legua y media.

CRIS. ¡Qué quieres! Al fin y al cabo, son amigos y vecinos nuestros hace veinte años.

ANT. ¡Bonita vecindad!

CRIS. No digas... no digas... Hace diez años que Ripoll vino á vivir con su hermano al piso contiguo al de Lanzagorta. Por Lanzagorta le conocimos, y á eso debemos ser hoy parientes de Alsina y Ripoll, los primeros fabricantes de papeles pintados de Barcelona. ¡Me parece que no podemos quejarnos de la vecindad!

ANT. ¿Qué no podemos quejarnos?... ¡Hombre, está bien! (Con voz tonante.) ¡Yo me llamo Gregorio Antúnez, señora!

CRIS. Ya lo sé, ya lo sé. Me lo repites todos los días.

ANT. Gregorio Antúnez, antiguo comerciante, conocido hace treinta años en la plaza de Barcelona. Con este nombre y algunos atractivos naturales, nuestra hija podía aspirar á las más altas posiciones. Sin ir más lejos, el mismo Julio Alsina, aquí presente, bien sabes que le hizo la corte en otro tiempo.

CRIS. (Asustada.) ¡Pst!... ¡Calla por Dios!

ANT. (Bajando la voz.) Si no le hubiesen obligado á casarse con su prima Luisa, esa remilgada, si Julio hubiera sido un hombre en lugar

de ser un maniquí, á estas horas Carmen sería la señora de Alsina... del verdadero dueño de la casa... porque Florencio al fin y al cabo... por muy socio que sea...

CRIS. ¡Pero hombre, que afán de mortificarte y de amargar los mejores días! ¡Para una vez que comemos de fonda!.. que podemos hartarnos de cosas finas... anda... ven al comedor...

ANT. ¡Jamás! ¡Me voy á la calle á tomar el fresco! ¡Me ahogo! (Vase por la derecha.)

CRIS. (Siguiéndole.) ¡Pero Gregorio... que no hemos tomado postre! ¡que hay hasta flan!... ¡Gregorio!... ¿y la servilleta?... ¡quítate al menos la servilleta! (Vase tras él.)

ESCENA III

El CAMARERO, Después LANZAGORTA y REGINA

CAM. (Levantando tímidamente la cortina del fondo.) Se fueron... Ya puedo encender... ¡Ese hombre me da miedo!... (Enciende un candelabro. Entran por la izquierda Lanzagorta y Regina. Lanzagorta viste levita negra, corbata blanca, una flor en el ojal, anda con afectación. Regina viste un traje de sencillísima hechura. Cojea ligeramente. Lanzagorta en sus maneras y ademanes será siempre solemne, majestuoso y afectado.)

LAN. Por aquí, palomita... mira... un saloncillo donde nadie nos molestará. (Al Camarero con un gesto de comedia.) Dejadnos solos.

CAM. (Indicando las luces.) Es que voy á...

LAN. (Gesto de drama.) ¡Salid!... ¡salid *incontinenti*!

CAM. (Asustado.) ¡Caramba!... ¡en esta boda todos están rabiosos! (Vase foro.)

REG. Bueno, ¿pero qué pasa? ¿Por qué tanto misterio? Nos hemos levantado de la mesa antes que los demás...

LAN. Se trata, hija mía, de una cosa muy importante. Yo soy el único artista dramático pre-

sente en esta fiesta de burgueses. Evidentemente la noche no puede pasar sin que se me pida que recite cualquier cosa.

REG. Ah... ¿tú supones?...

LAN. No supongo. Estoy seguro. Todas esas gentes habrán oído hablar, sin género de duda, del gran actor Lanzagorta. ¡Tengo tanta popularidad!... Verás, frente á mí estaba sentada la esposa de uno de los socios... la señora de Alsina... ¡Muy distinguida por cierto!... Bueno, pues no me ha quitado ojo ni un minuto... cuando á uno no le quitan ojo... es por algo... ¿Y no has notado lo que ocurrió cuando pedí al mozo la mostaza?

REG. (Con dulzura.) No.

LAN. Dije: «Mozo... el tarro de la mostaza... tenga la bondad». Todo el mundo se volvió hacia mí. Entre las clases medias no hay costumbre de pedir la mostaza con esa desenvoltura... se cuchicheaba... se me miraba... Eso me dió buena espina... Me parecía que estaba en escena... (Con amargura.) ¡Después de tanto tiempo que no!...

REG. ¡Pobre papá!

LAN. Déjalo... no hay que apurarse. Hace diez años que no piso las tablas... Diez años que las empresas me dejan en un rincón... sin un papel... Pero yo no renuncio .. ¡cá!... No tendrán más remedio que venir á buscarme... faltan actores... Y cuando ese día llegue... descuida, que les pondré las peras á cuarto.

REG. Pero... ¿de verdad confías aún que?...

LAN. Estoy seguro. Volvamos á nuestro asunto. Ya comprenderás que la idea de exhibirme ante esta gente no me seduce gran cosa. Pero, ¿qué remedio?... No puedo disculparme... no puedo eludir el compromiso... Yo había pensado primeramente, decirles un diálogo de «García del Castañar» pero no tengo quien me conteste... á no ser que tú quisieras... traigo el ejemplar en el bolsillo. (Echando mano al bolsillo.)

REG. (Asustada.) No, no, por Dios... ¡yo no!

LAN. Sí... ya comprendo. Tú eres como tu pobre madre. Nunca pude conseguir que dijera una palabra en público. ¡Oh! .. no es que yo critique la memoria de aquella santa mujer... ¡Me quería tanto!... ella era mi sostén, mi consuelo... Mientras la tuve á mi lado me sentí fuerte... Después... un día... murió... murió... (Se enjuga una lágrima. Transición.) ¿Qué te parece aquella escena de «Guzmán el Bueno»?

¿Oís soldados la sonora trompa?
Ya nos llama á la lid, corramos luego».

Esto les gustará... Pero tendría necesidad de repasarlo... no me ocurra lo que en Vigo que en lugar de la sonora trompa dije la *trompá sonora*, luego la *señora tromba.*

REG. Si no lo recuerdas bien... mejor sería... que no...

LAN. ¿Eh?

REG. (Tímidamente.) Que no digas nada... ¡Resulta tan desairado equivocarse!... no... no es que desconfíe de tu memoria... pero... el Champagne. Has bebido mucho... y...

LAN. No tengas miedo, tonta. Yo soy de la madera de Talma, que lo hacía mejor cuando había bebido... ¡ah, palomita!... ¡Nunca comprenderás lo que es el genio! Vamos... apúntame la escena. Te apuesto á que la digo de cabo á rabo sin equivocarme.

REG. (Riendo.) ¡Pero si yo no la sé!

LAN. El ejemplar está en mi sobretodo. Vé á buscarle.

REG. ¿Cómo? ¿También éste? Pero, ¿cuántos ejemplares has traído?

LAN. ¡Chist!... anda... Ya sabes cual es mi gabán. El verde *Máiquez.*

REG. ¡El único que tienes! ¡El verde solitario! (Vase por la derecha.)

ESCENA IV

LANZAGORTA. Luego ANTÚNEZ y CRISTETA

LAN. (Mirándose al espejo y arreglándose el pelo.) Sí. Tallado en el mismo bloque del célebre Talma. Pero mejor tallado que él. Puedo decirlo. (Se estira los puños, anda, se vuelve, hace toda clase de gestos, mueve los brazos y las piernas, siempre mirándose al espejo.)

CRIS. (Por la derecha, arrastrando á su marido.) Anda, vamos á la mesa.

ANT. ¿A sufrir nuevos desaires?

CRIS. No, hombre, no. A comer buenas cosas... Tenemos tan pocas ocasiones...

ANT. (Viendo á Lanzagorta.) ¡Calla!... ¿qué hace usted aquí?

LAN. Pues... preparándome á repasar uno de mis papeles... Ha sido idea de Regina. Me dijo... papá... probablemente te pedirán que recites algo... y...

ANT. ¿Recitar algo... usted?...

LAN. Naturalmente. Yo. El único llamado á ello.

ANT. ¡Qué candidez! Usted es un amigo de los Antúnez, un invitado de los Ripoll. Pertenece usted al grupo de los desarrapados... Descuide, descuide que no le pedirán á usted nada.

LAN. Ellos se lo perderían. Yo... por compromiso únicamente.

ANT. ¡Ah! Si usted hubiera venido con los Alsina, la cosa variaba. Todo para los Alsina, nada para los Antúnez. Esa es la divisa de la fiesta.

ESCENA V

DICHOS, REGINA que entra con el ejemplar

REG. Aquí está el libro, papá.

LAN. (A Cristeta y Antúnez.) Ustedes nos dispensarán, ¿no es cierto?... Las exigencias de nuestra terrible profesión... Veamos, palomita...

Acto, escena... ¡Qué éxitos he tenido en esta obra! ¡Qué ovación en Guadalajara! ¡El público me esperó á la salida para llevarme en triunfo! ¡Querian desenganchar mi carruaje!

ANT. Pero desgraciadamente iría usted á pie, ¿verdad?

LAN. Sí, señor. Completamente á pie. Genuinamente á pie.

ANT. Entonces, ¿qué iban á desenganchar?

LAN. ¡Oh!... Era un desenganche moral... no menos halagador para el desenganchado... es decir...

CRIS. (A Antúnez.) Vamos al comedor...

ANT. Me estás friendo la sangre, Cristeta...

CRIS. Parece mentira... un día como este... pasarlo rabiando... ¡Anda, hombre! (Le empuja y vanse por la izquierda.)

ESCENA VI

LANZAGORTA, REGINA. Después CLAUDIO, RIPOLL y PALACIOS

LAN. (A Regina.) ¡Por fin solos! Manos á la obra. Trabajemos.

¿Oís, soldados, la sonora trompa?
Ya nos llama á la lid. Corramos luego.

(Tapándose los oídos.) ¡Chist! No me digas nada. Me lo sé... «Corramos luego...» ¡luego!... Pero mujer, apúntame... me dejas plantado. (Salen por el foro Claudio Ripoll y Palacios, éste se suena la nariz con el pañuelo estrepitosamente.) Vamos. ¿Oís soldados, la sonora trompa? ¿La sonora trompa?... (Volviéndose al oir sonarse á Palacios.) ¡Canastos!...

CLAU. ¿Desean algo más los señores?

RIPOLL Nada. (Claudio vase foro.) Ven. Antonio... aquí podemos... ¡Calla! Lanzagorta... no... no se molesten por nosotros... buscamos un rinconcito para que el amigo Palacios, nuestro antiguo cajero, se fume un puro sin que le

vean. (Riendo, á Lanzagorta.) ¿Y qué tal? ¿Se ha comido bien?

LAN. Como en las bodas de Camacho. Pero... (Inquieto) ¿han terminado ya?

RIPOLL Ahora mismo. Todo el mundo está en el salón.

LAN. ¡Demonio! Entonces... van á pedirme que...

RIPOLL (Reteniéndole.) Lanzagorta... un apretón de manos. (Dándoselo.) ¿Tiene usted algún disgusto? Me ha parecido verle á usted preocupado durante la comida.

REG. No, señor Ripoll. Papá no tiene disgustos.

LAN. No, es decir... tengo... lo de siempre... ese buitre que me come las entrañas... ¡el teatro!

RIPOLL Sí, sí... ya sé... Pero no es eso... Me refería á otra clase de contrariedades... algún apurillo de dinero... el recibo de inquilinato... Ya no somos vecinos, pero es igual, ¿entiende usted, Lanzagorta? quiero que sea igual que antes.

LAN. Yo... yo... reconocidísimo cual lo estoy á...

REG. No, gracias, don Florencio. Demasiado ha hecho usted por nosotros. Afortunadamente nada necesitamos. Tengo mucho trabajo... muchos encargos... Los pájaros-moscas que ahora se llevan me proporcionan labor para bastante tiempo.

RIPOLL (Estrechando su mano.) Ya sé que es usted una muchacha muy aplicada, Regina... y un medelo de hijas.

LAN. (Cogiendo á Ripoll por un brazo.) Tenemos que hablar. Estoy dando vueltas á un proyecto.

REG. Vamos, papá, el señor Ripoll no está hoy para esas cosas.

LAN. Tienes razón... (A Ripoll.) Hablaremos largamente uno de estos días...

RIPOLL Cuando usted quiera.

LAN. Entremos en el salón. Me estoy haciendo esperar y quizás se murmure... Acaso están impacientes. (Vanse por el foro, Lanzagorta declamando.)

Ni desespero, fiera, de vencerte,
ni de tus amenazas me acobardo.
¿Cómo en matarte tanto tiempo tardo?

ESCENA VII

RIPOLL y PALACIOS. Durante la escena anterior, Palacios ha sacado un puro del bolsillo, lo ha encendido y lo fuma voluptuosamente, sentado en el sofá de la izquierda. Ripoll se sienta á su lado, le coge el brazo, que enlaza con el suyo, y le dice á media voz y sonriéndose

RIPOLL Querido Palacios. Viejo gruñón.

PAL. ¿Qué hay?

RIPOLL ¡Estoy contentísimo! ¡Contentísimo!

PAL. Ya se ve.

RIPOLL No. No se ve. Estoy más satisfecho de lo que aparento. No encuentro frases para expresar lo que pasa en mi alma. ¡Qué día, Palacios! ¡Qué día! ¡Cuántas cosas han ocurrido desde esta mañana! Me parece verme aun al amanecer bien cepillado, arreglando mi cuarto de solterón, echando á la levita mi última mirada y poniendo en sus bolsillos dos pares y medio de guantes blancos... por si alguno se me extraviaba... Luego los carruajes de lujo.. toda una procesión de coches... y en uno de ellos la novia, con su blanco traje, que á través del cristal parecía una nubecilla. Después, la entrada en la iglesia dos á dos, siempre con la nubecilla delante, vaporosa, ligera, deslumbradora... los cirios... el sacerdote... la gente que se agolpa en la sacristía... y por último el estruendo del órgano... la ancha puerta del atrio, abierta de par en par... las exclamaciones de los curiosos diciendo... «El novio no tiene nada de guapo... pero la novia es preciosa.»

PAL. Eso debe halagar al que se casa.

RIPOLL Extraordinariamente. Y el desayuno en la fábrica... Y el paseo en bote por la bahía... y el banquete ofrecido por mi socio... ¡Me cuesta trabajo creer que estoy despierto! ¡Es tan hermoso lo que me pasa! En el mismo año he tenido dos grandes fortunas... aso-

ciado de la casa Alsina y marido de Carmen...

PAL. Es mucha suerte... pero ten cuidado. No sea que la mujer te haga olvidar la casa.

RIPOLL ¿Olvidar la casa? Eso nunca. Esta razón social en que mi nombre figura junto al de mis queridos amos, es el orgullo de mi vida. Todo, absolutamente todo, lo sacrificaría ante ella... mi felicidad de hoy... el amor de mi esposa.. nada me detendría tratándose de la casa. Acuérdate de lo que te digo, Palacios.

PAL. Bueno, ya me acordaré.

RIPOLL Piensa en lo que ha sido para mí esta fábrica... Hace veinte años llegué á Barcelona, sin un céntimo, con un hermano pequeño á quien mantener, á quien educar, y sin conocer en la población á nadie, excepto á tí, que desempeñabas la plaza de cajero en casa de los Alsina. A tí á quien debo mi entrada en la fábrica y bien sabe Dios que jamás lo he olvidado. El puesto que en la casa se me concedió, los nobles corazones que tan bondadosamente pagaron mis humildes servicios, la acción del viejo Alsina, diciendo antes de morir á su sobrino y yerno: «Te dejo la casa Julio, pero á condición de que te asocies con Ripoll. ¿Son cosas que se pueden olvidar?

PAL. ¿Y no crees que si Carmen te ha querido?...

RIPOLL Sí, viejo gruñón, lo sé. Comprendo que si Carmen me ha querido á mí que no soy guapo, que no soy joven, ha sido en parte por mi posición actual, por el deseo de figurar un poco. La cosa es lógica. Pero si supones que eso nos impedirá ser felices... te engañas. (Riendo.) Yo solo tengo bastante cariño para dos y tú no sabes lo que con eso se adelanta.

PAL. (Gravemente.) No sé una palabra.

RIPOLL ¡Qué buena vida nos vamos á dar, compañero! Porque tú serás de los nuestros, y mi casa será la tuya. Vendrás á comer todos los domingos, como hacíamos en tu casa...

con mi hermano Eduardo... ¡Pobre Eduardo! El es el único que me entristece enmedio de mi alegría... la idea de que se va á marchar tan lejos... por algunos años... y que acaso mi matrimonio sea...

PAL. ¿Tu matrimonio? ¿Por qué? (Ripoll va á responder y se detiene al ver entrar á su hermano.)

ESCENA VIII

DICHOS. EDUARDO por el foro

EDUAR. Aquí, bien seguro estaba. Desde el otro extremo del salón he reconocido el olor á tabacazo del cajero.

RIPOLL Llegas á tiempo, Eduardo. Precisamente me ocupaba de tí.

EDUAR. ¿De mí? ¿Y qué decías?

RIPOLL Decía... Ven acá... Mírame bien á la cara. (Le coge ambas manos y le mira fijamente.) Decía cuando entraste que yo era el más dichoso de los hombres... pero que algo le faltaba á mi felicidad. Vamos... que no me atrevo á ser feliz *á pierna suelta*, y es mi hermano quien tiene la culpa.

EDUAR. ¿Yo?

RIPOLL Sí.

EDUAR. Pero... ¿por qué?

RIPOLL Figúrate que á cada instante me pregunto si mi felicidad no estará hecha con pedazos de la tuya.

EDUAR. No comprendo. (Aparte.) ¿Habrá adivinado?

RIPOLL Y pienso que la mujer que amo quizás tú habrías soñado hacerla tu esposa.

EDUAR. ¿Mi esposa? (Aparte.) ¿Cómo lo sabe?

RIPOLL Y que viendo que esa unión era imposible habrías tomado la resolución de expatriarte y de marchar á esa condenada América.

EDUAR. (Riendo forzadamente.) ¡Qué tontería! Yo marcho á Nueva York porque la colocación que me ofrecen es buena... y además... el deseo de ver mundo... de aprender... no hay otra razón, te lo aseguro.

RIPOLL ¿De modo que me he equivocado? ¿De veras? ¿No me guardas rencor?

EDUAR. ¿Rencor? ¡Sería bien ingrato! ¡Te debo tanto! ¡Has hecho tanto por mí!

PAL. Cierto. ¡Cuántas veces ha sufrido privaciones para que nada te faltase!

RIPOLL (A Palacios.) ¿Quieres callar? ¿Quieres callar? No hablemos de eso.

EDUAR. Tienes razón. No hablemos de eso... pero *eso* está grabado aquí (Indicando el corazón.) y de aquí no se va.

RIPOLL Bueno, bueno. Mira, Eduardo, puesto que dices que me quieres. pruébamelo quedándote con nosotros. Eres el hombre que necesitamos en los talleres, tienes energía y sabes dirigir... Alsina no sirve, es un señorito... yo tengo que atender á mis dibujos, á mis máquinas... y cuando estoy sobre la pista de alguna invención... ya me conoces, no veo nada, no oigo nada, me vuelvo sonámbulo. ¡Quédate, anda! Nos harás un gran servicio. Y luego... sería tan hermoso vivir aquí todos juntos... Tú te casarías también. Te buscaríamos una novia bonita y buena. Si yo te dijese que hay una en la cual había pensado para tí...

EDUAR. ¿De verdad? ¿Quién?

PAL. Apuesto á que la conozco. No está muy lejos, ¿eh? (Palacios y Ripoll se ríen mirándose con malicia.)

EDUAR. ¡Ah, sí! Regina... Una criatura adorable, ¡verdaderamente! Pero mira, querido hermano, yo no pienso todavía en casarme. Además, me he comprometido á marchar y es preciso que marche. Dentro de dos años... ó tres años... volveré, viviremos juntos, y entonces... pensaremos en mi boda.

RIPOLL ¿Dos años? ¿Palabra? Bueno, pues dame el puro, Palacios, que dé una chupadita... es lo único que me falta para estar contento.

PAL. Cuidado, tu mujer. (Se ocultan en el rincón.)

RIPOLL ¡Ah! Estaba bailando con Alsina. ¡Qué atento es mi socio! Y qué bonita está ella...

ESCENA IX

DICHOS, CARMEN y JULIO. Desde hace algún tiempo, en la escena anterior, se escucha la música en el salón, del cual las cortinas han quedado entreabiertas. Carmen, en traje de novia, entra valsando con Julio Alsina. No ven á los anteriores personajes y se creen solos en el saloncillo

CAR. (Valsando en el proscenio, á media voz y sonriendo.) No es verdad... Me está usted engañando.

ALS No, Carmen, no miento... Yo la amaba á usted... á usted sola.

CAR. (Sonriendo.) ¡Me ha dado usted buenas pruebas!

ALS. Ya sabe usted cómo se hizo mi boda con Luisa... mi tío la deseaba con empeño... no me atreví á oponerme.

CAR. (Arreglándose el pelo ante el espejo.) Y he ahí, de que modo, en vez de ser la señora de Alsina, me he convertido en la mujer de Ripoll. No me quejo... El ascenso resulta aún aceptable. ¡Es maravilloso! La pequeña Carmen, la insignificante Antúnez... una aprendiza... una obrera... entrar como dueña en esta casa tan conocida, tan respetada... pasar de mi triste sotabanco á esas habitaciones tan hermosas, preparadas expresamente para mí en la misma fábrica... Parece cosa de magia.

RIPOLL (Que se ha levantado. A media voz á Palacios y Eduardo.) Vais á ver... ¡Atención! (Avanza de puntillas hacia Carmen.)

ALS. (A Carmen.) ¿De modo que está usted satisfecha? ¿Que es usted dichosa?

CAR. Completamente dichosa. ¿Que puedo echar de menos? Tengo un marido excelente á quien conozco desde que era niña.

RIPOLL (Avanzando entre los dos.) Gracias. Carmencita.

CAR. (Lanzando un ligero grito de sorpresa.) ¿Cómo? ¿Estabas ahí?

RIPOLL (Sonriendo.) Ya ves. Con Eduardo y Palacios. Echando una cana al aire.

CAR Por todas partes te buscan. Los salones es-

tán llenos y el baile ha comenzado. ¿Has olvidado que eres el novio?

RIPOLL Caramba... tienes razón.., Yo soy el novio, indudablemente... Vamos á hacer los honores.

CAR. Un momento... llevas la corbata deshecha.

RIPOLL No sé qué tiene esta corbata... se deshace cada diez minutos. (Mientras su mujer le hace el nudo, él mira á Julio, Eduardo y Palacios, con aire triunfante y enternecido.) Da gusto sentir estos deditos que le hacen á uno cosquillas en el cuello. (Entra Luisa por el foro.)

ESCENA X

DICHOS y LUISA

LUISA (Sonriendo á su marido.) Julio... Julio... Escucha.

RIPOLL (Sujeto por su mujer) ¡Anda! ¡La señora de Alsina! (Trata de desprenderse.)

CAR. ¡Estate quieto!

LUISA (A su marido.) ¿Quién es ese hombre tan raro que me miraba durante la comida, haciéndome gestos, y que anda por el salón tomando unas actitudes muy extravagantes?

ALS. ¡Ah!... será Lanzagorta... el actor Lanzagorta. Un amigo de Florencio.

RIPOLL (Uniéndose á ellos.) Sí, es un actor... Y tiene talento... No le quieren en ningún teatro, pero tiene talento.

LUISA Bien, pero... ¿qué le pasa? ¿Qué es lo que busca?

ALS. Probablemente... querrá recitarnos algún trozo de drama ó comedia.

LUISA Pues vamos á oirle.

RIPOLL Aguarde usted, doña Luisa. (Cogiendo á su mujer de la mano.) Ven, Carmen. (La lleva delante de Luisa.) Doña Luisa. Aun no he podido hablar con usted, y desde esta mañana quiero decirla una cosa que... vamos... que me está quemando los labios.

LUISA ¿Qué es ello, mi querido Ripoll?

RIPOLL — Usted es tan buena.. usted quiere tanto á Carmen, ¿no es verdad?

LUISA — ¿Quién lo duda? Carmen y yo, somos antiguas amigas... hace mucho tiempo que nos conocemos.

RIPOLL — ¡Ya lo ves! (A Carmen.) ¿Te acuerdas cuando te llevaba á jugar los domingos á la fábrica, y en el verano, á la quinta de San Gervasio?

CAR. — (Secamente.) No he olvidado las bondades que los parientes de doña Luisa tenían conmigo.

RIPOLL — Usted no le retirará su protección, ¿verdad? Carmen necesita de sus consejos. ¡Es tan nuevo para ella el mundo en que va á entrar!

LUISA — Pero si Carmen no necesita consejos. Es una mujer distiuguida y encantadora.

RIPOLL — Sí, sí, doña Luisa. Yo no sé nada del mundo. No puedo enseñarle sus secretos. Soy un obrero, y no quiero ser otra cosa... Ahora más que nunca... Tengo tantas ideas de dibujos, de prensas... Es preciso que la casa Alsina aplaste á todas las demás.

PAL. — (Desde el rincón.) ¡Bravo! ¡Que las aplaste!

ALS. — (Se vuelve riendo.) ¡Hombre! El cajero.

RIPOLL — (Teniendo aún á Carmen de la mano.) Por todo esto, señora, quiero confiar á usted á mi Carmen. Sea usted su apoyo, su guía. (A Carmen.) Tómala por modelo. No hay en el mundo dos mujeres como doña Luisa. Ha heredado el corazón de su padre. Es una verdadera Alsina. (Carmen baja los ojos y se inclina sin responder.)

ESCENA XI

DICHOS, ANTÚNEZ, después los invitados

ANT. — (A Claudio y al Camarero.) Las cortinas, levanten ustedes las cortinas... Dispensen ustedes, señores, pero falta espacio para bailar y hay que improvisarlo. (Se levantan las cortinas. Los dos salones quedan convertidos en uno sólo, lleno de luz, de parejas que bailan y convidados que conversan. Antú-

pez, yendo al fondo y con voz fuerte..) Ya pueden ensancharse. Un cotillón.

LAN. (Entrando con su hija muy sofocado y abanicándose con el ejemplar.) ¡Lo vas á ver! ¡Son capaces de no pedirme nada! ¡Es desesperante! ¡Ah! ¡Con qué gusto renunciaría al teatro si tuviera el derecho de hacerlo! ¡Calla!... si antes de que los músicos empezasen otra pieza yo... Sí, sí... es una idea. (Vase por el fondo.)

ANT. (Muy exaltado corriendo detrás del Camarero.) ¡Eh!... ¡los sorbetes aquí!... ¡vengan esos sorbetes! (La música toca un vals.)

EDU. (Acercándose á Regina que está sentada en el sofá de la izquierda.) ¿No baila usted, señorita Regina?

REG. Olvida usted, Eduardo, que no puedo. (Tristemente, pero con sencillez.) Soy coja.

EDU. (A sí mismo.) Y yo soy un animal.

REG. (Sonriendo.) ¡Oh!... ¡no es extraño!... ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos!... ¡usted no recordaría. Vamos, siéntese usted aquí y concédame este vals. ¿Quiere? Le hablaremos, ya que bailarlo no podamos.

EDU. (Sentándose á su lado.) Con grandísimo placer.

REG. Le encuentro á usted cambiado, pálido; sin embargo, enfermo no ha estado usted... me lo habría dicho su hermano. Alguna pena, ¿eh? ¡No diga usted que no!... ¡si lo estoy leyendo en sus ojos!... ¡Yo adivino fácilmente las penas de los demás! ¡Como las tengo todas!...

EDU. Es verdad, y á pesar de ello no abandona usted ese aire apacible, ese dulce sonrisa...

REG. Sí... ante la gente... pero... cuando me quedo sola... me desquito. (Llevando el compás con un gracioso movimiento de cabeza.) ¡Qué vals tan lindo! ¡Felices las que pueden bailarlo! (Transición.) ¿De modo que usted tiene penas y por eso se marcha?

EDU. (Bajando la voz.) Sí, Regina, justamente por eso; pero no se lo diremos á nadie.

REG. Convenido. Eso sí, confiese usted que está muy feo marcharse sin haber hecho una sola visita á sus antiguos vecinos.

EDU. Cierto, hice muy mal; ¡pero si usted supie-

ra! (Vivamente, cambiando de tono.) ¿Tiene usted su butaca de trabajo en el mismo sitio?

REG. En el mismo, cerca de la ventana, delante de la mesa cargada de figurines de modas y de pájaros de todos colores. Yo no soy viajera como usted, yo no corro el mundo, y el que quiera verme está seguro de encontrarme en el mismo sitio. En cambio mis pajarillos viajan en mi lugar. Al prenderlos en sus armazones les abro las alas todo lo que puedo, les arreglo sus plumitas verdes y azules, y después los envío muy lejos y muy alto, hacia todo lo que yo deseo, lo que me causa pena, lo que no llega jamás... Así descanso de estar siempre sentada.

EDU. (Enternecido, cogiendo su mano.) ¡Pobre criatura!

LAN. (Por el foro, acercándose á Regina y presentándole un papel escrito en grandes caracteres.) Mira esto, hijita: (Leyendo.) «Intermedio dramático por el señor Lanzagorta, primer actor y director. A petición de varios comensales. Gran escena de *Guzman el Bueno.*» Voy á poner esto sobre el piano en lugar de su maldita música. Ahora veremos si me hacen ó no me hacen recitarles algo.

REG. ¡Por Dios, papá!

LAN. ¡Déjame, déjame! El arte está postergado. Es necesario imponerle. (Se va junto al piano en el segundo salón.—Música.)

EDU. (A Regina.) ¿Sigue con su manía?

REG. Más que nunca... y no seré yo quien le desengañe. (Movimiento en el baile al rededor del piano sobre el cual ha puesto Lanzagorta su cartel. Cesa la música.)

ANT. (Gritando en el fondo.) ¡No... que no nos dé la lata! ¡Una polka .. una polka!

UNA VOZ Sí, sí; el intermedio.

RIPOLL (Entrando en el primer salón con Carmen, Luisa y otras personas.) Sí, díganos usted algo, querido Lanzagorta.

LAN. (Enmedio de la sala.) ¿De verdad?... ¿Desean oirme? No sé si debo... No vengo preparado. Yo no esperaba esto y me sorprende... (Forman círculo en torno suyo.)

ANT. No le hagan ustedes caso. Si ha sido él mismo quien puso el letrero.

RIPOLL Vaya, si Lanzagorta no está preparado, dejarle no le forcemos.

LAN. (Viendo que todos se alejan.) ¡Eh!.. ¡Eh!... que voy á decir algo, ya que se empeñan ustedes.

VOCES Pst, pst... ¡silencio! (Se acercan.)

ANT. (Aparte.) Te sales con la tuya ¿eh?... Ahora veras. (Va al segundo salón.)

LAN. (Alargando á Regina el ejemplar.) Sacrifiquémonos. (Declamando.)

«¿Oís, soldados, la sonora trompa?
Ya nos llama á la lid, corramos luego.»

(La música rompe á tocar estrepitosamente.)

LAN. ¡Silencio! ¡Paso á Lanzagorta!

VOCES ¡Silencio!

VOZ ¡Esa música! (La música cesa.)

LAN. ¡Que aten á los músicos! Volveré á empezar:

«¿Oís, soldados, la sonora trompa?
Ya nos llama á la lid, corramos...»

ANT. (Corriendo sofocado.) ¡Vengan, vengan corriendo! ¡Una señora que se ha desmayado!

LAN. «Corramos luego...»

ANT. No. Corramos ahora. (Confusión, muchos van al foro.)

LAN. «Corramos luego...»

ANT. ¿Quiere usted callarse, hombre, y no dar más carreras?

LAN. (Declamando.)

«Si mis labios sellar, villano, intentas;
si comprar mi silencio, audaz, pretendes.»

ANT. A mí no me tutee usted. (Vase al salón.)

VARIOS (Volviendo.) No hay tal desmayo, ha sido una broma.

LAN. ¡Qué infamia! Privar á estos señores de oirme, de saborearme... Continúo:

«¿Oís, soldados...?»

CLAU. (Por el foro á Ripoll.) Una comisión de obreros que quiere felicitar á ustedes espera abajo.

LAN. ¿Otra vez? (Furioso.) Maldición.

CRIS. (Muy emocionada á Carmen.) Ven, hija mía. ¿Dónde está tu marido? (Limpiándose las lágrimas.)

LAN. (Desesperado.) No me hacen caso. (Todos le empujan y le separan para salir.) ¡Ni aun aquí se me escucha! (Desaparece por el fondo.)

EDU. (A Carmen, á quien se acerca en el primer término derecha, mientras doña Cristeta busca á su yerno. Muy emocionado.) Carmen, mañana marcho á América. No te volvere á ver. Me voy sin ningún pesar, sin ningún remordimiento. Sólo te pido una cosa. Tienes en tus manos el destino de un hombre honradísimo, confiado y leal. Amale mucho. Hazle feliz toda su vida.

CAR. (Con aire distraído y estrechándole la mano.) Lo será, Eduardo!

EDU. (Acercándose á Palacios y dándole una palmada en la espalda.) Buen día ¿eh? Palacios. Buen día para los que queremos á mi hermano. ¿Tú también estarás contento?

PAL. ¡Psht! (Entre dientes.) Conozco bien á Carmen... no tengo confianza.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una de las habitaciones de Ripoll en la fábrica, ornamentada con lujo algo ordinario, recargado y chocarrero. En el fondo gran ventana corrida, á través de la cual se ven las copas de los árboles y las chimeneas de la fábrica. Puerta de entrada á la derecha en un chaflán. En el mismo lado la chimenea cuyo hogar está reemplazado por una jardinera llena de flores. Más flores y plantas verdes por todas partes. A la izquierda puerta que conduce á las habitaciones de Carmen, á la derecha otra que conduce á las de Ripoll. Sobre un velador, bandeja con pasteles, botellas y copas.

ESCENA PRIMERA

TOM. Una CRIADA

CRIADA (Riéndose estrepitosamente, contemplando á Tom, que lleva una gran librea con galones dorados.) ¡Jesús, qué tipo!... ¡Qué tipo! (Llamando hacia la puerta de la izquierda.) Señora... ¡Venga usted... verá qué facha!...

TOM (Tranquilamente.) ¡Pues yo no me encuentro tan mal! ¡Lo que es que da un calor! (Abanicándose con la gorra.) Vamos, acaba de reirte.. El ama me ha hecho vestirme así para anunciar... «la señora está servida» ó «la sopa está en la mesa». ¿Y qué?

CRIADA (Riendo.) ¡Es que te desfigura de un modo!...

TOM (Fríamente.) Pero hace muy fino. Mañana me retrato iluminado.

ESCENA II

DICHOS. CARMEN, muy peinada, con muchos brillantes. Viste una bata. Sale por la izquierda

CAR. ¿Qué es eso? ¿Por qué se ríe usted? No olviden que hoy recibo y que puede venir alguien.

CRIADA Es el aprendiz... ¡está tan gracioso con ese levitón!

CAR. (Al aprendiz.) Ah... ¿eres tú?... veamos... anda un poco... (Tom anda.) No está del todo mal. ¿Te han dicho lo que tienes que hacer?

TOM No, señora. Como esa tonta no hace más que reirse...

CAR. Bueno. Yo te lo explicaré. (A la Criada.) Usted baje á advertir al portero que hoy es el día que destino á recibir. Quiero que la puerta de la fábrica esté completamente abierta y que hagan entrar los carruajes hasta el pie de la escalera. Exactamente igual que cuando reciben los de abajo.

CRIADA ¿Los señores de Alsina?... Está muy bien. (Vase por el foro mirando al aprendiz y conteniendo la risa.)

TOM (Incomodado.) ¡Boba!... ¡Ordinaria!...

ESCENA III

CARMEN, TOM, después CARMEN sola

CAR. Silencio. ¿Cómo te llamas?

TOM En el taller me llaman *el Percebe*.

CAR. Bueno, pero tu nombre de pila.

TOM Ah... ¿de pila? Don Indalecio Caoba, para servir á usted.

CAR. ¡Qué nombre tan feo! No sirve.

TOM ¿Que no sirve?... ¡Pues á mí me está sirviendo desde chico!

CAR. Basta. En adelante te llamarás *Tom*.

TOM ¿Tom?... Es un nombre de perro... pero en fin, si usted lo manda. . ¡Tom!... (Simulando llamar á un perro.)

CAR. Tus funciones serán por hoy estar en la antecámara y anunciar á las personas que vengan. ¿Comprendes?... á ver... anuncia como yo... «la señora de Rebollo».

TOM (Gritando.) «¡La señora de Rebollo!»

CAR. Pero no grites tanto... La señora de Rebollo. Vaya... Ya te irás acostumbrando. Vé á la antecámara. (Tom vase foro.) ¿Qué estará haciendo mi marido? No acaba de subir. (Acercándose á la ventana.) Muy bien. Se para en el patio y se pone á jugar con la niña de Alsina. (Golpeando la vidriera con impaciencia.) ¡Vamos! ¡Vamos! (Mirando á su alrededor.) Todo está en orden. ¿Cómo lo tienen en casa de Luisa? ¡Ah! Esta butaca en medio. (La pone.) Sobre la mesa varias revistas ilustradas... Pasteles... Jerez...

TOM (Bruscamente por el foro.) ¡El señor Ripoll *ú séase* el amo! (Vase foro.)

ESCENA IV

CARMEN. RIPOLL, quedándose en el umbral

RIPOLL (Por el foro.) Pero, ¿qué es esto? ¿Me anuncian? ¿Me anuncian en mi casa? ¿De modo que tenemos ahora un lacayo?

CAR. ¿Por qué no? Abajo tienen cochero y ayuda de cámara. Pero entra...

RIPOLL ¿Me llamabas?

CAR. Sí. Para que te vistas inmediatamente. En tu cuarto tienes todo lo necesario. Lo he mandado preparar.

RIPOLL (De mala gana.) ¿Qué... me vista dices?

CAR. Naturalmente. Hoy recibo... ¿por qué me miras con ese aire de asombro? La de Alsina dedica un día á recibir á sus amigos... y yo me figuro que podré hacer lo mismo.

RIPOLL Claro que sí... claro que sí. (Mirando á su alrededor con inquietud.) ¿De modo que estos pas-

teles?... ¿esas flores? (Sonriendo.) ¡Caramba!.. ¡has pelado el jardín!

CAR. ¿Vas á decirme que he hecho mal? Yo creía que el jardín era tan nuestro como suyo.

RIPOLL Sí... sí... mujer... pero quizás hubiera sido más correcto...

CAR. Pedirles permiso, ¿verdad? Eso es. ¡Humillarme por cuatro flores mustias! ¡Nunca sabrás ponerte á la altura de tu nueva posición! ¡Y es claro! ¿Qué sucede? Que nadie me respeta ni me atiende. Que casi no me saludan cuando me ven pasar... Ya... ya sé que no soy una Alsina... yo no tengo coche... ni casa de campo...

RIPOLL No gruñas, mujer... Vas á parecerte á tu padre que siempre...

CAR. Respeta á mi familia. Haz el favor.

RIPOLL La respeto y la aprecio... pero me apena verte siempre incomodada con nuestros amigos... con nuestros protectores.. sí, nuestros protectores... Son tan buenos... ¡tan cariñosos!... y ya que citas el coche... ¿no ha puesto mil veces doña Luisa el suyo á tu disposición?

CAR. Yo no necesito limosnas... y menos de ella.

RIPOLL Pues entonces haz lo que yo, toma el tranvía. Respecto á la casa de campo, ya es otra cosa. Probablemente la tendremos. Me han hablado de una, cerca de Barcelona, la de los señores Planas en Jusepett. La cederían por diez mil duros. Julio la conoce. Dice que es una torre preciosa. Pero... el comprarla... depende de que tengamos un buen balance.

CAR. ¡Ah, sí!... el balance... ¿y qué?... ¿se terminó?... ¿estáis satisfechos?

RIPOLL ¡Oh! Yo no sé nada... no intervengo en las cuentas. Eso es cosa de Julio... y sobre todo de Palacios.

CAR. ¿Qué dice el cajero?

RIPOLL Pst... no parece que tiene muy buena cara... hace un momento quise hablarle... por la ventanilla de su despacho, empezó á toser, lo cual indica... que está descontento. Hay

que tener en cuenta que el año ha sido malo. Pero no importa, tendrás casa de campo el día que yo encuentre lo que busco.

CAR. ¿Tu nueva prensa?

RIPOLL (Alegremente) Sí, señorita, mi nueva prensa. Ella te pagará tu capricho.

CAR. (Sonriendo.) Entonces va para largo. Anda, vístete.

RIPOLL ¿A quién esperas?

CAR. He invitado á casi todos los amigos de Luisa.

RIPOLL ¿Y ella va á venir?

CAR. ¡No faltaría más!

RIPOLL ¡Qué complaciente es!

CAR. ¿Cómo complaciente? Estaría bueno que no viniera. ¿No voy yo todos los miércoles á aburrirme en su casa?

RIPOLL (Dulcemente, en tono de reproche.) ¡Carmen, por Dios!

CAR. Anda, vístete. (Se oyen voces en el foro que disputan.)

RIPOLL Calla... es Palacios.

CAR. (Ya en la puerta de la izquierda.) A ver si te entretiene y...

RIPOLL No tengas cuidado. Estaré antes que tú. (Vase Carmen.)

ESCENA V

DICHO, PALACIOS. TOM en el foro. Disputa entre Palacios y Tom

TOM. (Por el foro.) A mí me ha mandado la señora que anuncie... y ó le anuncio á usted ó no pasa.

PAL. (Idem. Dándole un empellón.) ¡Vete al cuerno! ¡Estúpido! ¡Mamarracho! (Entra furioso. A Ripoll) ¿Estamos en Carnaval? ¡Para esto utilizas á los aprendices!

TOM. (Desde la puerta.) ¡El señor de Palacios! (Aparte.) ¡Chínchate! (Vase.)

RIPOLL (Cándidamentde.) Ha sido... un capricho de

Carmen. Pero... ¿qué te pasa? Tienes cara de mal humor.

PAL. (Bajando la voz y mirando en torno suyo con aire de desconfianza.) Quiero comunicarte una cosa muy seria...

RIPOLL Qué... ¿el balance?

PAL. No. Aun no está concluído... ¡Bonito va á ser el de este año! Mas no se trata de eso. Se trata de tu socio, de Julio.

RIPOLL ¿Pues qué le ocurre á mi socio?

PAL. No sé... no sé que le ocurre... pero desde hace seis meses, desde que te casaste... está como loco. No se ocupa de la fábrica... se pasa la vida fuera.. en el Círculo... ¡ó en el demonio! Un muchacho que era tan formal... tan ordenado... no lo entiendo... por lo visto, juega... y pierde... siempre está visitando la caja... pidiéndome cantidades... claro... en casa del banquero se notaría... mientras que en la caja, el dinero va y viene, entra y sale... ¡Yo estoy muy disgustado, muy disgustado!

RIPOLL ¿Qué quieres? Estos hijos de ricos no conocen el valor del dinero... no saben lo que cuesta ganar un duro. Es joven y se divierte.

PAL. Hasta hoy no he querido decir nada, pero hace un momento vino á pedirme una cantidad tan fuerte, tan exhorbitante...

RIPOLL ¿Cuánto?

PAL. ¡Sesenta mil pesetas!

RIPOLL ¿Se las diste?

PAL. Sí.

RIPOLL Has hecho bien.

PAL. Me aseguró que ya te lo diría... pero yo he preferido advertirte.. creo que es mi deber.

RIPOLL ¡Sesenta mil pesetas! ¡Demonio!.. ¡Maldito juego!

PAL. Maldito juego... ú otra cosa.

RIPOLL ¿Otra cosa?

PAL. Mucho me temo que haya faldas en este asunto.

RIPOLL ¡Quita allá!... Julio está casado hace dos años. Ama á su esposa... Eres el mismo de

siempre, malicioso y desconfiado como buen solterón. ¿A que vas á echar á una mujer la culpa de que el inventario no sea bueno? ¡Calla, calla!

PAL. No lo tomes á broma. Tengo pruebas. Ayer le han visto en un teatro con una... individua.

RIPOLL ¿Quién era ella?

PAL. No la conocieron. Se recataba.

RIPOLL ¿Quién los vió?

PAL. Dos capataces del taller.

RIPOLL ¡Habladurías de obreros! ¡Chismes que no me importan!

PAL. Pero te importa el dinero.

RIPOLL No. Yo dibujo, trabajo, vigilo al personal y no pienso en otra cosa.

PAL. Sin embargo, eres el socio de Alsina... tienes derecho á informarte... á dirigirle alguna observación...

RIPOLL Como asociado, jamás. Yo no era nada. El me ha hecho lo que soy. Si me pusiera en la calle estaría en su derecho.

PAL. (Abatido.) Pues entonces... ¡buenos estamos!

RIPOLL Sin embargo, si lo que me dices es cierto, si Julio olvida á su mujer y á su hija, para correrla por ahí... yo... le indicaré algo... en interés de doña Luisa, á quien aprecio y respeto... ¡pero francamente! no lo puedo creer... En el Círculo Industrial dicen que se juega... Julio es débil... se habrá dejado llevar...

PAL. Nada, nada. Te repito que en este asunto media una mujer. . y yo he de conocerla.

ESCENA VI

DICHOS, CARMEN por la izquierda; luego TOM. Lleva un vestido muy lujoso más propio de calle que de casa

CAR. ¿Todavía están ustedes aquí?

RIPOLL Palacios tenía que hablarme... y como nadie ha venido todavía...

CAR. No tardarán. Date prisa.

RIPOLL (A Palacios.) Dispénsame... hoy recibe mi señora y... ya comprendes...

PAL. (Estupefacto.) Ah... ¿tu mujer recibe?

CAR. (En tono impertinente.) ¿Le molesta á usted? (Campanillazo en el foro. Carmen hace ademán de avanzar hacia el fondo, pero en seguida se contiene.) Viene gente.

RIPOLL (Azorado.) ¡Caramba! y yo... Ven, Palacios... saldrás por la escalera del taller. (Vanse ambos por la derecha.)

TOM. (Anunciando.) Papá y mamá.

CAR. ¡Imbécil!... Lo señores de Antúnez.

TOM Eso. (Anunciando.) Los señores esos... de Antúnez. (Se queda en la entrada.)

ESCENA VII

DICHOS, ANTÚNEZ y DOÑA CRISTETA

CAR. (Desilusionada.) ¿Son ustedes?

ANT. (Mirando la librea de Tom) ¡Zapateta! Aquí anuncian. ¡Qué aristocráticos! (Vase Tom.)

RIPOLL (Sacando la cabeza por la derecha.) ¡Ah, es Gregorio! (Entra en escena.) Me había asustado. Creí que venía gente.

ANT. (Furioso.) ¿Gente? ¡Hombre, me gusta la franqueza! Y nosotros, ¿qué somos? ¿Coleópteros?

RIPOLL Gente de cumplido, hombre. (Dándole la mano.) ¿Cómo va esa salud?

ANT. Muy mal. El destierro me mata.

RIPOLL ¿Cómo destierro?

ANT. ¿No es destierro vivir en Sarriá?

CAR. Tú tienes la culpa, papá. Quisiste una casita alejada de la ciudad para respirar el aire del campo, para mejorar tu salud, según decías, y nosotros nos apresuramos á alquilártela.

ANT. Bueno. Pues ya estoy harto de la casita alejada, y del aire del campo, y de mejorar mi salud. Precisamente de eso vengo á hablar á Ripoll. (Le coge del brazo.)

CRIS. ¡Qué afán de cambiar! ¡Yo que no me movería nunca, que me encuentro bien en todas

partes! (A Carmen.) ¡Qué elegante estás! ¿Vas á salir?

CAR. Al contrario, me quedo. Hoy recibo á mis amistades.

CRIS. Entonces puede que te molestemos.

ANT. (Interrumpiendo su conversación con Ripoll.) Sí, mujer, no lo dudes. Sus parientes les molestan. Bien se nota que están cansados de nosotros. Por eso nos han enviado á vivir á Sarriá. Pero ya me mudo. Yo no sirvo para arrastrar esa existencia contemplativa, enfrente de una carretera. Lo que yo necesito es el ruido, la actividad de los barrios comerciales, la calle de Fernando, la Rambla del Centro, la fiebre de los negocios. Y lo que es allí... ¿Qué actividad hay allí? ¿Qué fiebre hay allí?

RIPOLL Hace dos años hubo la fiebre amarilla.

ANT. Si no quieres causar mi muerte, establéceme. Ponme una tienda... un almacen.

RIPOLL ¿Un almacén? ¿Para qué?

ANT. ¿Que para qué? Para almacenar. Yo me llamo Gregorio Antúnez, señor mío.

CRIS. Ya estamos.

ANT. Gregorio Antúnez, comerciante, hijo de comerciante, nieto de comerciante y suegro de comerciante... ya, ya sé lo que vas á decirme, ¿que no tengo comercio? ¿Y de quién es la culpa? Si las personas que me han relegado á Sarriá hubieran tenido la delicadeza de facilitarme fondos para una especulación... (Campanillazo.)

CAR. (Aparte.) ¿Serán por fin? (Se levanta.)

TOM (En el foro anuciando.) El primer ator y director, señor Lanzagorta. (Carmen se sienta desalentada.)

ESCENA VIII

DICHOS. LANZAGORTA por el foro

ANT. (Aparte furioso.) ¿A qué vendrá este comicucho?

LAN. (Saludando con afectación y ampulosidad.) Seño-

ras... Caballeros.. (Aparte.) Me parece que esto es saludar.

RIPOLL Hola, Lanzagorta... ¡Cuánto tiempo sin venir!

LAN. (Bajo á Ripoll.) Tengo que comunicarle una gran noticia. Creo haber encontrado una buena ocasión para debutar.

RIPOLL Mil enhorabuenas; me alegro muchísimo. Iremos todos á verle y á aplaudirle. ¿Y quién le ha contratado á usted?

LAN. Yo me contrato á mí mismo. He aquí cómo. Fíjese. Hay un teatro en venta, en un barrio elegante, en pleno corazón de Barcelona, con tres fachadas, salida para caso de incendio, ventiladores eléctricos, calefacción á vapor, magnífico telón de boca... pero falta el metálico.

RIPOLL ¿Falta el telón metálico?

LAN. No. Que falta el dinero para arrendarle. Es un magnífico negocio y vengo á proponérselo á usted. (Le conduce á un extremo y sigue hablándole.)

CAR. (Se levanta y se acerca á su madre que está junto á la chimenea.) ¿No tomas un pastel, mamá?

CRIS. Tomaré varios. Ya veo que hay cosas muy ricas. (Se pone á comer.) ¡Anda!... ¡Yemas de coco...

CAR. (Aparte.) ¡No viene nadie!... Ni Luisa, siquiera!... ¡Ah! ¡Como me hiciese ese desaire!

ANT. (Acercándose á Ripoll y Lanzagorta.) Con permiso. Tengo que decirle dos palabras á mi yerno. (Conduce á Ripoll al otro extremo.) Mi plan es este. Alquilo un almacén. Pongo en la puerta con letras enormes: «Comisión.» «Exportación.» «Venta»... y espero. ¿Qué te parece?

RIPOLL Bien. ¿Pero comisión? ¿De qué?

ANT. Bueno. Quito comisión.

RIPOLL ¿Y exportación?

ANT. Quitemos exportación. Quedará venta. Eso no lo quito de ningún modo. Lo hago cuestión personal.

RIPOLL Pues si alquila usted un almacén y pone usted «Venta» en la muestra, van á creer que es una posada.

LAN. Dispense usted, señor Antúnez. (Conduciendo á Ripoll á otro extremo.) Va usted á oir mi programa-circular.

ANT. (Aparte, rabioso.) ¿Hábrase visto descaro? ¿Pues no se le lleva?

LAN. (Leyendo un papel desde lejos como los présbitas, con los lentes puestos y sujetos con una mano.) «Cuando se considera fríamente el grado de decrepitud á que ha llegado el arte dramático en España, cuando se mide la distancia que separa al teatro de Lope y Calderón...»

ANT. (Llevándose á Ripoll cogido de un brazo.) Lo que voy á vender en mi almacén, es cosa que, por ahora, no te importa. Ya hablaré cuando sea tiempo... ¡y mucha gente se quedará asombrada!

LAN. (Llevándose á Ripoll nuevamente.) Oiga usted. Lo mejor de este negocio, es que no tendremos que pagar primer actor, puesto que nuestro primer actor, he de ser yo mismo. Un primer actor de mi talla, gana veinte duros diarios, luego no teniendo que pagarlo, es como si nos metiéramos todos los días veinte duros en el bolsillo. ¿Comprende usted?

ANT. (Aparte.) No hay manera de hablarle. ¿Cómo me desharía de este párasito?

CAR. (Desde su asiento á Ripoll.) ¿Te vistes ó no?

ANT. (Vivamente.) ¡Es verdad! ¡Vístete hombre! ¡Vístete!

RIPOLL (A Lanzagorta.) Ya ve usted, Lanzagorta... en este momento... hablaremos más tarde... pásese usted por el taller un día de estos... cuando se termine el inventario.

LAN. Bien, pero... tenga usted cuidado, la cosa urge... la temporada se nos echa encima..

ANT. Vamos, Florencio, ven. Yo te acompaño. (Le empuja hacia su cuarto y al entrar dice á Lanzagorta que los sigue, dándole con la puerta en las narices:) Dispense usted. Para eso soy su padre político.

ESCENA IX

CARMEN, DOÑA CRISTETA y LANZAGORTA

LAN. ¡Oh!... ¡estos mercachifles!... ¡Me le va á acabar y no voy á conseguir asociármele. Dejaré aquí mi programa-circular. (Lo deja sobre un velador y se acerca á las señoras.) ¿Sabe usted, querida Carmen, que en esta estancia se podía construir un monísimo teatro de salón? ¿No ha pensado usted nunca en ello? ¡Caramba! ¡Es imperdonable! Siempre se lo he dicho á usted. Usted podía ser una gran actriz bajo mi dirección. Usted tiene madera... Está usted desperdiciando mucha madera.

CAR. No, no. En lo que sí he pensado es en tomar algunas lecciones de canto. La de Alsina canta, y yo...

LAN. A propósito Puedo recomendar á usted una excelente profesora, Miss Dobson, una inglesa extraordinariamente distinguida. No tiene mucha voz, ni buena, pero para cantar, la voz es inútil Lo que hace falta es la dicción, la vocalización. Yo no tengo voz, y sin embargo he cantado todo el repertorio con éxito inmenso y he sacado discípulos maravillosos. De mi pobre hija únicamente nada he podido conseguir, no tiene madera, no siente hondo.

CRIS. (Comiendo pasteles.) ¿Y cómo está su hija? No se la ve por ninguna parte. Esa muchacha no sale apenas; la encuentro desmejorada, pálida, necesita un poco de aire, alguna expansión...

LAN. (Sirviéndose Jerez en una copa.) Sí. Trabaja demasiado, yo lo comprendo y, crea usted, me preocupa, me desespera... ¿Pero cómo impedirlo? Es mi hija, es mi sangre. La pobrecita combate á mi lado por la santa causa del arte. Porque no sé si sabrá usted que yo no renuncio. No tengo derecho. No renunciaré jamás. (Bebe.)

ESCENA X

DICHOS, ANTUNEZ y RIPOLL. Antunez viene muy furioso y excitado. Ripoll, acabando de ponerse la levita, corre tras él para calmarle

RIPOLL ¡Gregorio!... ¡Pero Gregorio!

ANT. ¡No! ¡Déjeme usted! ¡Déjeme usted!

CRIS. (Alarmada.) ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre para excitarse así?

ANT. ¡Siempre el mismo régimen sordo y artero de injusticia y de persecución!

RIPOLL (Buscando la manga.) No, hombre, no.

ANT. Se le niegan á un padre político los miserables fondos necesarios para una empresa seria y formal.

RIPOLL (Sin encontrar la manga. Yo no los niego. Le he rogado á usted que espere un poco hasta ver el resultado del inventario.

ANT. Pero eso sí. ¡Bien tiene usted para alhajar la casa, y para comer bien, y comprarle una librea al mico ese, y para fundar teatros!.. ¡Ah!...

LAN. Tiene ese buen gusto, y no...

ANT. (Furioso.) ¿Y no qué? (Campanillazo.)

LAN. Y no... (Aparte.) ¡caerá esa breva!

CAR. Papá... te ruego... han llamado... vendrá gente...

ANT. (Con amarga sonrisa.) ¡Ya! vendrá gente... y nos despachas.

CAR. (Sin escucharle, á su marido.) ¿Pero no te has puesto aún...?

RIPOLL Si no puedo...

CAR. Está bien. Vete, vete con tus dibujos, con tu prensa... será preferible.

RIPOLL Si te da lo mismo... yo también prefiero...

TOM (Anunciando en el foro.) La señora de Alsina. (Ripoll vase por la derecha.)

CAR. (A sus padres.) ¿Cuándo van á volver?

ANT. No sé. Anda, Cristeta, anda. Aquí estamos demás. Tu hija se avergüenza de nosotros. (Carmen no le escucha ocupada en recibir á Luisa.)

CRIS. Vamos. (Levantándose de mala gana, acabando de beber su copa y guardándose dos ó tres pasteles en los bolsillos.)

CAR. (A Luisa, que entra por el foro.) ¡Qué sorpresa tan agradable! Siéntese, haga el favor.

ANT. (A Lanzagorta.) ¿Se queda usted?

LAN. No. Pero yo cultivo la forma... sé vivir. Voy á saludar á estas señoras. Fíjese por si alguna vez le ocurre y quiere imitar... (Inclinándose ante Carmen.) ¡Señora! (Idem ante Luisa.) ¡Señora! (Aparte al marcharse) Desde los tiempos de Arjona y Latorre, nadie ha saludado así. (Vanse por el foro.)

ESCENA XI

CARMEN y LUISA

LUISA Vengo un poco tarde. He llevado un día atareadísimo.

CAR. Nada de eso. Ya es suficiente bondad haberse molestado. Y además, á estas horas puedo dedicarme á usted por completo, mientras que hace un instante...

LUISA Es claro. Habrá usted tenido tanta gente...

CAR. ¡Muchísima! ¡No puede usted figurarse! ¡No se cabía!

LUISA (Mirando en torno suyo.) Está usted bien instalada. Han quedado bonitas ahora las habitaciones.

CAR. ¿Sí?... ¿Le agradan á usted? Deme su opinión.

LUISA ¿La quiere usted de veras?

CAR. ¿Por qué no? ¡Ya ve que se la pido! ¡Es tan autorizada!

LUISA Pues, francamente; encuentro demasiado adorno, excesivo oropel... ¡vamos!.. todo recargado... ¡chillón!

CAR. (Algo molestada.) ¿Sí, verdad?

LUISA ¿Por qué ha cambiado usted el papel que había antes? Tenía un color severo, de muy buen gusto... ha tapado usted los zócalos de

roble. ¡Qué lástima! ¿No se incomoda usted porque le diga estas cosas, eh?

CAR. (Picada.) De ningún modo. Yo necesito que me aconsejen... ¡soy tan torpe!

LUISA Pues permítame usted una última observación. Lleva usted un vestido precioso, elegantísimo.

CAR. (Irónicamente.) ¿No le encuentra usted defectos?

LUISA Uno solo. Está usted demasiado engalanada para recibir. Parece que se encuentra usted de visita en su propia casa. El peinado tampoco es apropósito. No le sienta bien. Me gustaba usted más con el pelo liso, cuando venía usted á vernos los domingos al campo. ¿Se acuerda?

CAR. Sí, con el pelo liso, y los tacones torcidos, y los guantes rotos. No me seduce el recuerdo.

LUISA Y sin embargo, ¡cuánto nos divertíamos! ¡Cuánto nos reíamos! ¡Mi pobre padre gozaba tanto! (Rechazando la bandeja que le ofrece Carmen.) No, gracias, no tomo nada. Es preciso que volvamos este año á San Gervasio con Ripoll, á pasar una temporada. No nos reiremos de tan buena gana como antes, pero charlaremos como buenas amigas.

CAR. (Nerviosa.) Y sobre todo, podrá usted terminar mi educación. (Bebe la copa rechazada por Luisa.) ¿Marcha usted pronto á San Gervasio?

LUISA Lo antes posible. Dentro de dos ó tres días. Ya quisiera estar allí, tengo ansia de llegar para ver las flores, los campos de trigo, respirar el aire puro... pasear entre los árboles...

CAR. (Arreglando la bandeja.) Efectivamente, debe ser muy hermoso poseer una finca como esa...

LUISA Créame usted. Yo con Julio y mi niña viviría allí feliz. Adoro el campo... ¡Anchura para vivir y para pensar! Aquí se está en continua fiebre... falta tiempo para todo... ¿Usted ve á su marido algunas horas? El mío, todo el día ocupado en los negocios...

Después de cenar, ya se sabe, al Círculo. Este invierno no hemos pasado ni tres noches juntos.

CAR. (Con falsa piedad.) ¿De verdad? ¡Pobre Luisa!

LUISA ¡Oh, no me apuro! Barcelona me quita á mi marido. San Gervasio me lo devolverá.

CAR. ¿También el señor Alsina adora el campo?

LUISA Mucho. Cuando está allí no parece el mismo hombre. Apenas llega se vuelve alegre, cariñoso, tan niño como su niña. ¡Aquél es mi Julio!

ESCENA XII

DICHOS, JULIO por el foro

ALS. (Entrando vivamente y hablando á Tom que asoma dentro del foro.) Es inútil. No seas terco. Déjate de anuncios.

LUISA Calla. ¿Eres tú?

ALS. No se molesten ustedes. Tengo que decir dos palabras á Ripoll. Un asunto urgente. ¿No está?

CAR. Debe de estar encerrado en sus habitaciones trabajando en sus inventos. Aguarde usted... voy á ver. (Se levanta y avanza hacia la derecha. De pronto se vuelve á Luisa.) Usted me dispensará...

LUISA (Levantándose.) Al contrario. Usted á mí. Siento dejarla tan pronto, pero he de preparar aún mil cosas para el viaje. (A Julio.) ¿Verdad Julio que es necesario que Carmen y Florencio vengan una temporadita á San Gervasio?

ALS. Sin duda.

LUISA (A Carmen.) Pues convenido. Cuento con usted. Vaya. Bajo á casa... Adiós, Si mañana tiene usted un rato libre...

CAR. ¿Cómo no? Bajaré á despedirme. (Luisa vase por el foro. Carmen la acompaña hasta la puerta.)

ESCENA XIII

CARMEN y JULIO

CAR. (Aparte.) ¡No se cansa de humillarme esta mujer!... (A Julio.) ¿Pregunta usted por mi marido?

ALS. Sí, por él pregunto; ¿por quién he de preguntar? Pero bien sabe usted á quien busco.

CAR. ¿Todavía insiste usted en?...

ALS. E insistiré eternamente hasta que usted me compadezca ó éste amor me mate.

CAR. ¡Bah! Cosas que dicen ustedes los hombres elegantes á todas las mujeres que no son del todo feas.

ALS. ¿No me cree usted?

CAR. Afortunadamente.

ALS. ¿Qué he de hacer para que usted me crea? ¿No basta que le repita todos los días que la amo, que la adoro, que no pienso más que en usted?

CAR. Palabras, palabras. No sé á quién he oído que hace pocas noches le vieron á usted en el teatro con una mujer que no era la suya.

ALS. Es verdad. Lo confieso. Para olvidarla á usted hice todo género de locuras. Las mujeres... el juego... Acabo de pedir á Palacios sesenta mil pesetas que perdí anoche en un Círculo .. De esto precisamente venía á hablar con Ripoll.

CAR. Es gracioso. ¿Y saqueando la caja y acompañándose por ahí de mujerzuelas es como se proponía usted demostrarme su amor?

ALS. Estaba loco... lo estoy todavía...

CAR. Bien se ve. Pues mire usted que si yo hubiese tenido la debilidad de... interesarme un poco... no... no la tuve... por fortuna... ¡me hubiera lucido!...

ALS. ¡No sea usted cruel!

CAR. ¡Qué mal conocen ustedes á las mujeres, Julio! ¡Crueles! ¡Desdeñosas! ¡Que gozan con el dolor que causan! ¡Cuántas desventura-

das pasean por el mundo con máscara de felicidad, que llevan torturado el corazón! Pocas veces se realiza el ideal, y el despertar es horrible. Pero esto no autoriza á la mujer para faltar á sus deberes. Si se equivocó, ella sola tuvo la culpa. Lleve su cruz, y llévela sin quejarse.

ALS. Carmen, por favor... Sabiendo que no es usted dichosa mi pesar será más grande. Ámeme usted. ¿Qué hay que hacer para que usted me crea? Hable usted. Yo estoy resuelto á todo. ¿Quiere usted que huyamos?

CAR. (Sonriendo.) ¡Huír! ¡Jesús! Eso es novela pura y soy poco romántica. (Mostrando la ventana del fondo.) Levante usted esa cortina. (Julio obedece.) Mire usted enfrente... allá arriba... muy arriba, junto á los tejados. ¿No ve usted aquella ventana grande sin persianas? Es la ventana del sotabanco donde yo vivía. Cuando niña pasaba allí muchas horas, días enteros, contemplando el hotel de los Alsina, su escalinata, su patio enarenado, y los frondosos árboles junto á los que humeaban las chimeneas de la fábrica. Para mí, todo esto era la última palabra de la riqueza. Y durante diez años he vivido con esta sola aspiración, con este pensamiento hundido en la frente como un clavo. ¡Entrar aquí! Ya lo he conseguido, y usted comprenderá que no lo hice para salir ahora.

ALS. ¿De modo que está usted satisfecha?

CAR. Sí. Y eso que el lugar que ocupo en esta casa... A usted no se lo debía decir, pero hay en ella quien me provoca con su lujo, con sus trenes, con su casa de campo... Luisa... sí... su mujer de usted... A mi casa no viene nadie... á la suya acude lo mejor de Barcelona... Se complace en abrumarme con sus consejos, con sus críticas... Todo lo encuentra mal, mis muebles, mis trajes... yo no tengo gusto, no sé peinarme, no sé vestirme, me falta distinción...

ALS. Yo la juro á usted que si quiere será la primera.

CAR. No... la primera... no llega á tanto mi ambición. Si es posible, todas á mi lado; delante, ninguna. Tengo confianza en Florencio; con él y por él triunfaré, me comprará la casa de campo, el carruaje... Puede que no sea este año, ni el que viene... ni el otro...

ALS. Sí, sí, Carmen, será este año, este mes... hoy mismo.

CAR. ¿Cómo?

ALS. Va usted á verlo. (Llamando en la puerta de la derecha.) ¡Ripoll! ¡Ripoll!

ESCENA XIV

DICHOS, RIPOLL. Sale sin corbata con una americana vieja

RIPOLL ¿Es usted, Julio? No sabía que estaba usted ahí... (Mirando á Carmen) ¿Qué tienes, Carmen?... Parece que estás contrariada. . ¿Es porque no ha venido nadie? No te extrañe, mujer. La primera vez que recibes...

ALS. Y además, la época no es favorable. Mucha gente ha marchado ya al campo.

RIPOLL (Riendo.) ¡Chist, chist! no diga usted eso delante de ella. Está muy disgustada porque no puede ir. Yo había pensado comprarle la quinta de los señores de Planas.

ALS. Sí, ya me indicó usted... Es una buena ocasión. ¿Por qué no la adquiere?

RIPOLL ¡Caramba! Por el balance... Palacios dice que será flojo y...

ALS. ¡No haga usted caso! Palacios no está nunca satisfecho. .. Quisiera siempre millones de beneficio. Para ser el primer año de sociedad no podemos quejarnos.

RIPOLL Ah... ¿pero se acabó?... ¿Y qué arroja?

ALS. Veinticuatro mil duros á repartir.

RIPOLL ¡Veinticuatro mil duros! Pues señor... al ver la cara de Palacios yo creí que había pérdidas más bien que beneficios. Ni siquiera me he atrevido á preguntarle...

ALS. No es preciso que le diga usted nada. Como

teníamos dinero en caja, he tomado su parte, y aquí tiene usted sesenta mil pesetas. (Entregándole billetes.)

RIPOLL ¡Sesenta mil pesetas! ¿Entonces fué para dármela por lo que pidió usted esta suma al cajero?

ALS. Efectivamente.

RIPOLL (Riendo.) ¡Tiene gracia! Figúrese usted que Palacios... no le tome usted tirria... ¿eh?... en su afán de ver faldas. por todas partes... creyó que usted había tomado este dinero para una... (Bajando la voz.) para una de esas... de la cáscara amarga... ¿Es gracioso, verdad? ¡Ea!... no perdamos tiempo... Voy á escribir inmediatamente á Planas... (Carmen le lleva al velador recado de escribir. Palacios aparece en el fondo.)

ESCENA XV

DICHOS, PALACIOS

PAL. ¿Se puede?

RIPOLL Sí, hombre, entra.

PAL. Antes de cerrar la caja, deseo presentar á ustedes el resultado del balance. (Ofreciendo un papel á Ripoll.)

ALS. (Cogiéndole el papel) Está bien. Ya he puesto á mi socio al corriente de la situación. Puede usted retirarse.

RIPOLL Sí, sí. Ya estoy enterado. (Riendo.) Este demonio de Palacios con sus historias de mujeres... Anda de ahí, mala lengua... Mira... para que aprendas, siéntate aquí. Vas á escribir tú mismo á Planas. . Dile que le compro la casa de Jusepett y que le esperaré mañana á las doce en casa del notario. (A Carmen y Julio en tono afectuoso y aire de alegre misterio.) Ahora, vengan ustedes conmigo; les tengo que enseñar una cosa... el nuevo modelo de prensa... ya dí con ella... ya la tengo... van ustedes á ver... (Los coge á los dos de la mano y los lleva á la puerta de la izquierda, por donde salen.)

ESCENA XVI

PALACIOS, solo

(Temblando de furor.) ¡Comprendo... estaba seguro!... ¡Esa es la mujer! Para ella es el dinero que Julio me ha pedido. ¡Ah! ¡Miserables! ¡El la paga su traición y ella hace cómplice á su marido!... Pero ese desgraciado... ¿cómo le podría advertir?... ¿cómo le abriría los ojos? Es tan delicado intentarlo... A mí no me creerá jamás en contra de ella... No hay más que un hombre... su hermano... capaz de... sí, eso es, pronto... un telegrama al hermano. (Se sienta y escribe nerviosamente, leyendo en alta voz á medida que lo hace.) «Eduardo Ripoll, Nueva York. Quinta Avenida. La casa está en peligro. Ven inmediatamente.» (Dobla el papel y se levanta para salir.)

ESCENA XVII

DICHO y CARMEN por la izquierda

CAR. (Sonriéndose maliciosamente y subrayando la frase.) ¿Ha escrito usted, señor Palacios?

PAL. (Secamente.) Sí, señora. Acabo de escribir. (Vase por el foro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La casa de campo de Carmen en Jusepett. Gran salón en la planta baja. En el fondo una gran puerta que da al jardín. Muebles de verano elegantes. Un piano. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

CARMEN, MISS DOBSON, CRISTETA, ANTÚNEZ, JULIO y VALENTINA. Carmen vestida con lujo, pero extravagante, de pie á la derecha del piano, en el que toca madame Dobson. En la izquierda, Cristeta en un sofá, hace la lista de la comida. Antúnez lee un periódico en una mecedora, teniendo otros muchos sobre las piernas. Julio fuma un cigarro en la puerta del jardín y entra y sale, va y viene impaciente

CAR.
DOB. } (Cantando á media voz.)

«Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón sus nidos á colgar...»

CRIS. Justo: salmonetes, es un pescado muy fino. ¿Qué más? ¡Ah, sí! Un timbal de macarrones... Espera; creo que á Florencio no le gustan los macarrones... Dispense usted un momento, miss Dobson.

DOB. ¿Qué se le ofrece á usted?

CRIS. Tengo que hacer una pregunta á Carmen... Dí, ¿le gustan á tu marido los macarrones?

CAR. ¿Yo qué sé? Y después de todo, ¿qué importa que le gusten ó no?

CRIS. Y á usted, señor Alsina, ¿le gustan los macarrones?

ALS. (Paseando.) Muchísimo, sí señora.

CRIS. (A Valentina.) Pues ya lo sabes, macarrones. (Vase Valentina.)

ANT. ¿Y yo? ¿A mí no me pregunta nadie si me gustan los macarrones?

CRIS. No te sulfures, hombre; no te lo pregunto, porque sé que te gustan.

ANT. Bueno, bueno. He debido acostumbrarme á estas preterinciones desde que vivo en los Jusepett, en casa de mi hija... Todo el mundo manda aquí menos yo... ¿Se quiere que yo desaparezca? Corriente: desapareceré. (Abre un periódico, que le oculta.)

DOB. No; lo lleva usted muy vivo: es más lento; vea usted... (Tararea.) ¡Ay! ¡Cómo cantaba esto un tenor que estaba en la misma casa de huéspedes que yo! Daba gana de convertirse en ave.

ANT. En una casa de huéspedes hubiera sido muy peligroso; se la comen á usted.

ALS. (Bajo.) ¡Carmen!

CAR. ¿Qué le pasa á usted? Está usted intranquilo y como á disgusto... Oiga usted esta canción, verá usted qué bonita.

ANT. ¡Ah! Señoras, esto es para ustedes... *El Eco de Jusepett* hace una brillante descripción de las fiestas locales. (Lee.) «La encantadora condesa de Palomar, la distinguida baronesa de Carranza, la bellísima señora de...» ¡Tonterías! ¡Qué insustancialidades escriben estos periodistas! Mire usted qué le importará al público lo que hagan estas buenas señoras, ni que sean guapas ó feas.

DOB. También yo he amado, señorita. (Suspira.) Y á propósito: si pudiera usted anticiparme la retribución de este mes.

CAR. Sí, con mucho gusto. Julio, haga usted el favor.

ANT. No; pues es muy interesante: oye, oye, Cristeta, habla de tu hija.

CRIS. Imposible.

ANT. ¿Imposible? Mira aquí: «¿Qué hemos de decir de la incomparable Carmencita Antúnez? Se hermanan en tan linda criatura, elegancia, talento y hermosura.» Anda, y en verso y todo. No, la verdad es que escriben muy bien estos muchachos de *El Eco*.

CRIS. Pues, ¿qué quieres? á mí no me gusta que el nombre de mi hija ruede por las columnas de los periódicos.

ANT. ¿Y por qué no? ¿Quieres tener á tu hija metida bajo un fanal? Esto es lo *chic*, como dice Lanzagorta... Lo que me extraña es que hablando de mi hija, no diga el periódico una palabra de su padre.

CRIS. Pero, hombre, si tú no asististe á esa reunión.

ANT. ¿Qué importa? Debían haber hablado de mí; me parece que no soy tan insignificante, y cuando se quiere nunca falta un pretexto.

ESCENA II

DICHOS y TOM

TOM ¿Dan ustedes su permiso?

ANT. ¿Quién es? ¡Ah! Si es Tom, el antiguo lacayo de Carmen... ¿Que? ¿Ya no anuncias?

TOM No, señor.

ANT. ¿Y qué haces ahora?

TOM Soy cobrador de *El Eco*.

ANT. ¡Hola!

TOM Ya habrán visto ustedes el artículo de esta mañana.

ANT. Sí, le acabo de leer.

TOM Pues venía á ver si querían ustedes suscribirse al semanario.

CRIS. Ya lo creo; no faltaba más.

TOM Muchas gracias; aquí traigo el recibo.

ANT. Dí que quereis cobrar los piropos que habeis dirigido á mi hija.

TOM Me parece, señor Antúnez, que no hay necesidad de decirlo.

ANT. ¿Qué es eso?

TOM El recibo de una suscripción á *El Eco.*

CAR. ¡Ah! Bueno: pague usted, Julio, será una bicoca.

ALS. (Mirando el recibo.) Veinticinco pesetas. (Paga á Tom.)

ANT. ¡Y pagan! ¡Y decir que con un duro más podia hacer que en el periódico hablaran de su padre, y ni siquiera se le ocurre! ¡Hija desnaturalizada!

DOB. A la lección, señorita, á la lección. Cuidado con la entrada. (Cantan.)

«Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón sus nidos á colgar...»

ESCENA III

DICHOS y LANZAGORTA por el foro

LAN. (Vestido de verano, con abrigo al brazo) ¡Brava! ¡Brava!

CRIS. ¡Ah! Lanzagorta... ¿Y Regina? ¿No trae usted á Regina?

LAN. Sí; se ha quedado en el jardín cogiendo flores para hacer un ramo; está loca de contenta; pobrecita, hacía quince años que no salía al campo... Miss Dobson: la expresión sobre todo, hay que cuidar mucho la expresión. Se trata de un casi prodigio: hubiera sido una actriz incomparable: tiene sangre de artista.

ANT. ¿Qué ha de tener? Sepa usted que ningún Antúnez ha puesto jamás los pies en un escenario.

LAN. Tanto peor para los Antúnez... Yo tengo á honra haber vivido en el escenario siempre.

ANT. ¿Siempre? Pero, hombre, si hace quince años que está usted sin contrata.

LAN. Sí, señor, quince años... y no renuncio.

ANT. ¿A qué ha de renunciar usted?

LAN. Al arte.

CRIS. Vamos, Gregorio, no hay que disputar.. no hemos venido aquí para eso.

CAR. (A Dobson.) Renunciaremos nosotras á la lección si á usted le parece... no hay manera de trabajar aquí... ¿Quieren ustedes que demos un paseíto en barca?

JULIO (Bajo á Carmen.) Pero Carmen, ¿no podré hablar un momento con usted? Esto no es lo prometido.

CAR. ¡Por Dios! Se está usted poniendo fastidioso y pesado como un marido. ¿Sabe usted remar, Lanzagorta?

LAN. Señora, he representado doscientas veces seguidas *El gondolero de Venecia*, y ya comprenderá usted que una góndola veneciana es más difícil de manejar que un botecillo de estos.

CAR. Pues, ea, á probar sus habilidades. Andando. (Da el brazo á Miss Dobson. Con mucha coquetería.) ¿Viene usted, Julio? (Julio hace un movimiento de resignación y la sigue.)

ESCENA IV

CRISTETA y ANTÚNEZ

ANT. ¡El tal Lanzagorta! Vamos á ver, ¿qué viene á hacer aquí Lanzagorta? ¿Me lo quieres decir?

CRIS. Si yo no lo sé.

ANT. Pues yo sí; viene con la matraca del teatro, y ya verás cómo Florencio acaba por comprárselo... y yo, su padre político, ya te acordarás lo que tuve que hacer para conseguir que me pusiera una tiendecilla miserable.

CRIS. Pero te la puso, al fin, y no tan miserable como dices. Por cierto que no estás nunca en ella.

ANT. No estoy porque me ahogo allí. Yo no valgo para comerciar sentado detrás de un mostrador. Yo necesito comerciar de pie,

moverme, vivir en actividad constante... Además, hago falta en esta casa, que sin mí estaría abierta á todos los explotadores y donde mi hija correría grandes peligros.

CRIS. ¿Grandes peligros Carmen?

ANT. Sí, sí; yo me entiendo... Alsina la visita con demasiada frecuencia.

CRIS. Pero, ¿tú crees?...

ANT. Nada, nada: sospecho y nada más.

CRIS. Carmen es virtuosa.

ANT. Es mi hija, la hija de Gregorio Antúnez, y además tiene aquí á su padre para dirigirla y enseñarla el camino del honor. Por supuesto, que esta debía ser labor de su marido; pero la tiene abandonada. Ni se le ve siquiera; más que el amo de su casa parece un huesped. ¿Dónde estará ahora? En algún rincón trabajando. ¡Un domingo! Mire usted qué ejemplo para la familia.

CRIS. Sin embargo, tienes razón; el señor Alsina viene demasiado aquí. ¡Carmen es tan inocente! pero hay que guardar las formas.

ANT. Sí, señora, hay que guardar las formas.

CRIS. Y evitar que empiecen á murmurar de ella.

ANT. ¡Murmurar de ella! Me llamo Gregorio Antúnez.

CRIS. ¿A quién se lo cuentas?

ANT. A tí; me llamo Gregorio Antúnez y no consentiré que nadie hable mal de mi hija.

CRIS. Lo mejor sería hacer una indicación al señor Alsina para que...

ANT. Sí, me parece muy bien; házsela.

CRIS. No, yo no me atrevo... sería más propio que fueras tú el que se la hiciera...

ANT. ¡Ah! ¿Quieres que haya un lance? Bueno; pues lo habrá; ya sabes que yo no los rehuyo.

CRIS. Pero, hombre...

ANT. Figúrate que Alsina responde á mi indicación con una impertinencia; ¡zas! una bofetada.

CRIS. Pero, ¿te va á pegar por eso?

ANT. No; yo á él; en seguida cambio de tarjetas y mañana á cruzar un par de tiros.

CRIS. No seas violento, Antúnez.

ANT. ¡Si no lo puedo remediar! Pero, mira, mejor es que esperemos.. vigilando... vigilando siempre.

CRIS. Sí, sí; tienes razón.

ANT. Pues... voy á vigilar. (Recoge los periódicos.)

CRIS. Que no los ha leído Florencio.

ANT. Es lo mismo. (Si cree Alsina que se va á reir de los Antúnez, está equivocado.) (Vase por el foro.)

ESCENA V

CRISTETA Y REGINA

REG. (Por el foro con un ramo de flores.) ¡Cómo! ¿No está aquí mi padre?

CRIS. No, hija mía, está de gondolero, con las señoras. ¿Quiere usted ir á reunirse con ellos?

REG. Gracias, la haré á usted un ratito de compañía mientras concluyo estos ramos.

CRIS. Perfectamente, hablaremos de nuestras cosas como en otro tiempo. Pero levante usted esa cabeza, que la vea bien. ¡Oh, más linda que nunca! ¡Y esos deditos sin querer estarse quietos jamás!

REG. La costumbre. Doña Cristeta. Y este no es trabajo, es recreo; me gustan tanto las flores...

CRIS. ¿Se acuerda usted del tiempo en que éramos vecinas? ¡Qué bien lo pasábamos! Siempre juntos, ustedes, los dos hermanos Ripoll y nosotros. ¡Cómo nos hemos dispersado todos!

REG. Es verdad; ¡qué lejos los unos de los otros, los que casi formábamos una familia!

CRIS. ¡Y qué buen muchacho Eduardo! ¿Se acuerda usted de lo complaciente que era? ¡Y marcharse tan lejos! A mí me sorprendió muchísimo, porque siempre creí que de aquella tertulia saldría una boda.

REG. ¿Una boda? ¡Por Dios!

CRIS. ¿Y qué habría tenido de particular? Pues mire usted, no era yo sola la que lo creía: otra persona me ha hablado á menudo de esto.

REG. ¿Otra persona?

CRIS. Sí, otra persona... interesada.

REG. ¿Quién?

CRIS. Florencio, que hubiera visto esa boda con mucho gusto.

REG. ¡Don Florencio es tan bondadoso!... Pero Eduardo no ha pensado nunca en mí.

CRIS. No diga usted que no. Todavía no hace un año, el día que se casó Carmen, no se separó de usted y la echaba á usted unas miradas...

REG. ¡Doña Cristeta!

CRIS. ¡Y Florencio entusiasmado! Mire usted á mi hermano, me decía, mire usted á mi hermano. (Viendo á Eduardo que entra.) ¡Jesús! ¡Qué casualidad!

ESCENA VI

DICHOS y EDUARDO por el foro

CRIS. ¡Eduardo! Pero, ¿es posible? ¿Es usted de veras? ¿De dónde sale usted? (Se estrechan las manos.)

EDU. De un vapor que me ha traído de America. ¿Dónde está mi hermano? Palacios me dijo que le encontraría aquí.

CRIS. Y aquí está. Pero, ¿qué es esto, Regina? Es Eduardo, nuestro amigo Eduardo, ¿no le dice usted nada? ¿Qué tiene usted? ¿Se ha puesto usted mala? Está pálida como una muerta.

EDU. ¡Regina!

REG. No, no es nada, son las flores... he estado mucho tiempo sobre ellas y me ha mareado un poco su perfume. Ya pasó.

CRIS. Pues voy á prevenir á Florencio y á todos; ¡qué alegría tan grande les voy a dar! (Vase por el foro.)

ESCENA VII

REGINA y EDUARDO. Silencio largo. Eduardo se acerca lentamente á Regina que esta muy emocionada y oculta la cara entre las manos

EDU. (Descubriéndola el rostro.) ¿No me ha olvidado usted, Regina? ¿Tendré la dicha de que usted se alegre de volver á verme?

REG. ¿Por qué no me he de alegrar?

EDU. También yo, también yo me alegro mucho de encontrar á usted. En el estado de ánimo en que llego no sabe usted el bien que me hace, ver al entrar aquí una persona tan querida y tan honrada y que los primeros ojos en que se miren los míos sean los de usted, esos ojos infantiles que no han mentido ni engañado jamás... ¿Viene usted con frecuencia á esta casa, Regina?

REG. ¡Oh! No, muy de tarde en tarde.

EDU. Me lo explico.

REG. Me gustaría venir á menudo, es claro; pero no tengo tiempo.

EDU. ¡Ah! ¿Es por eso por lo que usted no viene?

REG. Naturalmente: los días de labor estoy atareadísima como siempre, y los días de fiesta no me bastan para arreglar la casa y componer la ropa de mi padre: ya sabe usted que le gusta vestir con elegancia... con decencia por lo menos.

EDU. (¿Serán sospechas infundadas de Palacios? ¿A quién creer, Dios mío?) Y su padre de usted, ¿viene?

REG. Con mucha frecuencia. Su hermano de usted es tan bueno.

EDU. Sí, mi hermano, sí... ¿y ella?

REG. ¿Carmen? Siempre la misma, un poco, ¿cómo diré yo? un poco atolondrada; pero en el fondo muy tierna y muy cariñosa. Alguna vez cuando va á Barcelona sube los cinco pisos de mi casa para hacerme una visita. Le agrada ver su antigua habitación. «Parece mentira», dice, «que yo haya vivi-

do aquí tantos años». Y se ríe, se ríe... Muy buena, muy buena, la fortuna no la ha cambiado ni la ha envanecido.

EDU. La buena es usted, Regina... porque á usted no la cambian las penas ni las tristezas, lo cual es mayor mérito. Las contrariedades agrían los caracteres; pero con el de usted no pueden; antes parece que le dulcifican. ¡Cuantas veces he pensado en usted!

REG. ¿De veras?

EDU. Sí; cuando el destierro me pesaba demasiado y me sentía desfallecer ¡cuántas veces, cuántas, para reanimar mi valor y recobrar mis fuerzas, evoqué el recuerdo de su vida de usted, vida de soledad y de sacrificio. . siempre encerrada como una monja y sentada siempre.

REG. ¡Encerrada! ¡Sentada! Si es mi gusto... mi gusto, se lo aseguro á usted. La calle me da miedo... me encuentro en ella como fuera de mi lugar... Me parece que todo el mundo me mira... Desde niña soy así... cuando yendo ó viniendo de la escuela, un chico me remedaba, ó un transeunte cualquiera decía mirándome: ¡qué lástima!... ¡adiós! ya tenía lloro para todo el día.

EDU. Pero ahora no tiene usted los motivos que entonces. Lo que acaso llame usted su enfermedad no es más que una coquetería, una gracia más.

REG. Sí, sí; usted es como mi pobre madre, que decía siempre que no se me conocía la cojera. Se conoce; ¡vaya si se conoce! Unicamente la disimulo cuando voy del brazo de alguien ó sentada como ahora... Y no habiendo encontrado todavía brazo en que apoyarme, no me queda más remedio que pasar la vida sentada en un sillón.

EDU. Allí, cerca de la ventana, no viendo más que tejados y chimeneas. El panorama no es muy alegre.

REG. Si no le veo, si no le miro... no levanto los ojos de la labor... por fortuna tengo un oficio muy bonito y que me distrae. Y después,

la vida es dura; pero, ¿qué importa? he heredado algo de mi padre, soy Lanzagorta, y tengo fe... no en el teatro por supuesto... tengo fe en Dios, y espero, no sé qué; pero espero...

EDU. Lo que usted merece, sin duda. (Se oye la voz de Florencio dentro.)

RIPOLL ¿Dónde está? ¿Dónde está?

ESCENA VIII

DICHOS y FLORENCIO por el foro

RIPOLL ¡Eduardo! ¡Mi querido Eduardo! (Se abrazan.)

EDU. ¡Hermano de mi alma!

RIPOLL. Pero, ¿qué es esto? ¿Por qué no me has escrito que venías? ¿Te ha ocurrido algo malo en Nueva York?

EDU. No, por fortuna.

RIPOLL Entonces, ¿qué es lo que te hace volver á Barcelona? ¿Te has cansado de estar solo y vienes buscando una familia? Pues aquí la tienes que te recibe con los brazos abiertos. (Ve á Regina.) ¿O será que has pensado en establecerte, en casarte, y te acordaste de mi antiguo proyecto?

REG. Se acabó el ramo, voy á ponerlo en agua. (Le huele y se va por la izquierda.)

ESCENA IX

FLORENCIO y EDUARDO

RIPOLL Abrázame otra vez, Eduardo... Figúrate que sorpresa... Si cuando me lo han dicho... Estaba yo en mi gabinete trabajando... ¡Ah! Que no lo sabes... he triunfado... sí, hijo, sí: victoria en toda la línea. Aquella prensa, la prensa de mis sueños es ya una realidad... Maravillosa, chico, superior á lo que esperaba. Arriba tengo el modelo funcionando, te

lo enseñaré. Ya conoces á los Simpson de Londres; pues el mayor estuvo aquí el domingo y en cuanto vió el modelo me ofreció trescientas mil pesetas por la invención.

EDU. ¿Y no aceptaste?

RIPOLL ¡Quiá! Yo no trabajo para los extranjeros. Quiero ver mi nombre en la patente y estampado en las máquinas... «prensa Ripoll». Y después, ya verás, en tres ó cuatro años, en menos, qué fortuna para la casa. Soy agradecido y quiero volver á los Alsina algo del bien que me han hecho. Por fortuna Dios me colma de beneficios. Tengo un socio que es para mí como un hermano. Los negocios van cada día mejor.

EDU. ¿Mejor? ¿Estás seguro?

RIPOLL ¿No lo he de estar? Sesenta mil pesetas he tenido yo solo de ganancias en el último balance. Sí, Eduardo, sesenta mil pesetas. Me parece que para ser el primer año no está mal... Y para que todo sea completo soy felicísimo en mi matrimonio. Carmen cada día más encantadora y más complaciente... Una sola cosa me contraría y me disgusta: la actitud en que se ha colccado Palacios respecto á mí... evita mi presencia y cuando me ve no me habla: no sé qué le pasa á ese majadero. He querido tener una explicación con él. Imposible... ¿Por casualidad le has visto?

EDU. Sí; esta mañana al llegar le encontré y hablamos largo y tendido.

RIPOLL ¿Y no te ha dicho por qué está incomodado conmigo?

EDU. (Con esfuerzo.) No.

RIPOLL ¡Que extraño! Pues, es preciso que me ayudes á aclarar este misterio.

EDU. Sí, sí; Florencio, te ayudaré.

RIPOLL Bueno, dejemos esto, y no pensemos más que en ser felices... Oye, ya que estamos solos te voy á enseñar mi modelo... (Se oye la voz de Carmen.) ¡Ah! Es Carmen... no digas nada, no te muevas... no sabe que has llegado... verás qué sorpresa.

ESCENA X

DICHOS, CARMEN y JULIO por el foro

RIPOLL Carmen... ¡mira! (Se aparta.)

CAR. (Deteniéndose estupefacta.) ¡Eduardo!

RIPOLL (Riendo.) ¿Eh? ¿No le esperabas? Tampoco yo. (Viendo á Julio que se ha quedado en la puerta.) ¡Hombre! ¡Julio! ¿Cómo por aquí? Yo le creía á usted en San Gervasio.

ALS. Ha venido porque... porque tengo que hablar con usted de un asunto importante. (A Eduardo.) Dispénseme usted si llego tan inoportunamente á interrumpir estas efusiones de familia.

EDU. (Después de mirar severamente á Carmen y Julio.) (Palacios tenía razón, pero mi hermano no lo sabe.)

CAR. (Repuesta de su emoción avanza decidida hacia Eduardo, mientras su marido habla con Julio.) Bien venido, Eduardo. (Le tiende la mano. El se hace el distraído.)

RIPOLL (A Julio.) Sí, me parece muy bien: hablaremos dentro de cinco minutos. Voy á enseñar á mi hermano el modelo... ¿Vienes, Eduardo? No te alarmes, mujer, te le devolvré en seguida. (Vanse Florencio y Eduardo por la derecha.)

ESCENA XI

CARMEN y JULIO

ALS. Ya está ahí.

CAR. Sí, ya está ahí... Lo que yo temía ha sucedido: ya le dije á usted que Palacios era un enemigo, y que debía usted echarle de la fábrica.

ALS. Pero, ¿cree usted... cree usted que ha sido Palacios?

CAR. Estoy segura: la mirada de Eduardo cuando entré, y su actitud respecto á mí, no me dejan lugar á duda. Lo sabe todo, y viene á decírselo á su hermano.
ALS. Pero Florencio no le creerá.
CAR. A otro no le creería; á Eduardo, sí.
ALS. No tiene pruebas.
CAR. Las tiene Palacios... el balance...
ALS. Pero entonces, puede que en este mismo momento... están solos...
CAR. No; Eduardo no le dirá nada sin hablar conmigo antes... y es preciso que no le encuentre á usted aquí.
ALS. ¡Cómo! ¿Quiere usted que huya de su cuñado?
CAR. No, no se trata de huir; se trata de no cometer imprudencias, y lo es bien grande el verle á usted aquí. Solo quiero que usted se aleje... durante unos días.
ALS. ¡Alejarme! No.. me olvidaría usted de seguro. Viéndome y todo, temo que me olvide... Además, ¿de qué serviría que Eduardo no vuelva á verme aquí? Lo que ha pasado, ha pasado... Y puesto que lo sabe todo, hablará... No, no, es preciso que no me vaya; al contrario, es preciso que me quede, y si habla, ¡ay de él!
CAR Un duelo, ¿verdad?
ALS. Sí. ¿No tengo el derecho de defender mi felicidad? Se lo he sacrificado todo: honor, deber, familia... La he ganado bien. No quiero perderla.
CAR. Y yo no quiero choques, no quiero escándalos. ¿Lo ha oído usted, Julio?
ALS. Pero si yo me marcho, ¿qué va usted á hacer?
CAR. Eso es cuenta mía. Solo le pido á usted una ausencia de ocho días; de diez todo lo más.
ALS. Durante esa ausencia, ¿sabré de usted?
CAR. Diariamente, por miss Dobson.
ALS. ¿Me amará usted cuando vuelva?
RIPOLL (Riendo, y llamando desde dentro.) ¡Julio! ¡Julio! A la disposición de usted.

CAR. Le llama á usted mi marido. Vaya usted á hablar con él, y márchese en seguida.

ALS. ¡Adiós! (Se va por la derecha.)

ESCENA XII

CARMEN y EDUARDO

CAR. Hay que prepararse para la batalla. (Se mira al espejo, se pone una flor en el pecho, se arregla el peinado y el vestido, y se reclina en un sofá. Entra Eduardo y se queda de pie, mirando á todas partes.) ¡Eduardo!

EDU. Felicito á usted, señora, por su buen gusto: tiene usted una casa elegantísima. (Brutalmente.) ¿A quién debes todo este lujo? ¿Es á tu marido (Baja la voz.) ó á tu amante?

CAR. (Con mucha calma, sin levantar los ojos.) A los dos. (Momento de silencio.)

EDU. ¿De modo que confiesas que ese hombre es tu amante? Hé aquí el sueño de tu juventud realizado.. Alsina y Ripoll.. Mujer del uno; amante del otro; toda la razón social es tuya... ¡Ah! Eres una infame... Escúchame, Carmen... En todo esto, ya lo comprendes, lo que me interesa es mi hermano... Su mejor amigo, un amigo de veinte años, me decía hace un momento: «No es posible que no lo sepa... Es un canalla ó un loco...» Tú, que le conoces mejor que nadie, sabes que Florencio no es ni lo uno ni lo otro... Es un niño grande, sencillo y bueno, que ha puesto en ti toda su confianza; es un trabajador infatigable que no piensa más que en sus invenciones. Estos hombres viven como sonámbulos. Miran sin ver, y tú has abusado infamemente de su ceguedad. Pero quiero decirte una cosa. El nombre de mi hermano, ese nombre que ha dado á su mujer, es también el mío, y tengo el deber de defenderle. Por eso he venido. Por eso estoy aquí.

Ante todo, dirás al señor Alsina que cambie de amante, y que se vaya á arruinar á otro lado... y si no...

CAR. Si no, ¿qué?

EDU. Si no, le diré á mi hermano lo que ocurre en su casa, y quedarás sorprendida del Florencio que vas á conocer entonces: tan violento, tan terrible, como es inofensivo y dulce de ordinario... Puedes estar segura de que te matará.

CAR Que me mate. ¿Qué me importa?

EDU. ¡Ah! ¿Prefieres morir á renunciar á Alsina? ¿Tanto le amas?

CAR No, no le amo ni tanto ni nada.

EDU. Entonces, ¿por qué?...

CAR. ¿Por qué? Porque estaba loca, porque tenía en el alma, y tengo todavía, un amor criminal que quería arrancar de ella á toda costa.

EDU. ¡Un amor criminal! ¿A quién amas?

CAR. Demasiado lo sabes: á tí.

EDU. ¿A mí? ¿á mí?

CAR. Sí, sí, Eduardo; á tí te amo, á tí te he amado siempre.

EDU. ¡Oh! Es imposible... ¿Por qué me rechazaste entonces cuando estabas soltera?

CAR. Porque sabía que te amaba otra, una pobre niña desheredada y enferma, á quien mi dicha hubiera matado.

EDU. ¿Regina?

CAR. Regina. En un movimiento generoso, propio de la juventud, quise hacer la felicidad de su vida, sacrificando la mía... y te rechacé para que fueras á ella. ¡Bien me ha pesado más tarde! En cuanto te ví lejos, comprendí que el sacrificio era superior á mis fuerzas.

EDU. Pero, queriéndome como dices, ¿por qué te casaste con mi hermano?

CAR. Casarme con él era acercarme á tí. Yo me decía: No puedo ser su mujer, seré su hermana, y me será lícito amarle.

EDU. ¡Carmen!

CAR. ¡Ah! No he podido amarte como una hermana, Eduardo, ni te pude olvidar tampo-

co. Entonces procuré aturdirme... Estaba loca y he sido culpable... Pero si alguno no tiene derecho á pedirme cuenta de mi conducta, ese eres tú, que me has hecho lo que soy... ¿No me crees, Eduardo?

EDU. No.

CAR Cuéntaselo todo á Florencio, y que me mate. No me defenderé ni trataré de huir, te lo juro. No temo á la muerte ahora que te he abierto mi corazón y conoces mi secreto. (Le coge la mano.)

EDU. No, no quiero conocer tu secreto... No sé lo que me has dicho... no he oído nada... (Se aleja por el foro.)

ESCENA XIII

DICHOS, REGINA, CRISTETA, MISS DOBSON, ANTÚNEZ, FLORENCIO, LANZAGORTA y JULIO

RIPOLL (Saliendo por la derecha, seguido de Julio, y viendo entrar á los demás.) Por aquí, papá suegro... Lanzagorta, por aquí. (A Antúnez.) Ahí está; abrácele usted.

ANT. ¿Cómo por Barcelona? ¿Tan mal le ido á usted en Nueva York? (Le abraza.)

EDU. Todo lo contrario.

LAN. (En la puerta, con ternura teatral.) A mis brazos, hijo mío, á mis brazos... Avance usted, hombre, porque si no, se pierde el efecto.

EDU. (Yendo á él.) ¡Querido Lanzagorta!

REG. (Bajo á Lanzagorta.) ¡Padre, qué dichosa soy!

LAN. ¿Por qué? ¡Ah! Sin duda el campo... Pues es verdad que tienes una cara sonrosada como nunca.

CAR. (Bajo á Miss Dobson, mientras hojean los papeles de música.) He pasado un miedo horrible.

DOB. ¿Al cuñado?

CAR. Sí; ha sido una verdadera batalla; pero se ha hecho la paz: no me falta más que una firma al pie del tratado.

DOB. ¡Ah! ¿Pretende usted que la escriba? Eso será difícil.

CAR. No. Antes de ocho días me amará como un loco, querrá decírmelo, no me encontrará nunca sola, ¡y me escribirá! (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Habitación de Regina. Un cuarto modesto, pero muy cuidado. Al foro la puerta de entrada. A la izquierda una ventana grande abierta. Delante, la mesa de trabajo llena de periódicos de modas, pájaros y flores artificiales, etc. Cerca de la mesa, en medio de la escena, el sillón de Regina y delante una silla pequeña en la que apoya los pies cuando trabaja. Puerta á la izquierda. A la derecha una consola antigua llena de cajas de sombreros. Encima de la puerta del foro una gran corona de papel dorado.

ESCENA PRIMERA

REGINA, LANZAGORTA y EDUARDO

LAN. Dispénseme usted, querido Eduardo, si me marcho cuando usted llega: no hay más remedio, es sábado y tengo que entregar la obra de Regina.

EDU. ¿Va usted á tratarme de cumplido?

LAN. (A Regina.) Además, quiero entrar en la fábrica á ver que ha decidido Florencio de lo del teatro.

REG. ¡Ah! ¿Es hoy cuando te ha de dar la contestación? ¿Y qué tal? ¿Tienes esperanza?

LAN. ¿Esperanza? Es cosa hecha. ¿Cómo quieres que Florencio dude? Si es un negocio loco para él. (Se mira al espejo.)

REG. ¿Le ha dicho á usted algo su hermano?

EDU. ¿De qué?

REG. De ese proyecto de empresa teatral. (Hablan bajo.)

LAN. (Délante del espejo.) Cuando pienso que que yo el Conde de Montecristo, el Cid, Sancho García, Otelo, Don Juan Tenorio, tengo que ir todos los sábados, con una caja de modista en la mano, á llevar la labor de mi hija á una tienda de flores de la Rambla de Cataluña!... ¡Ay! Si los abonados del teatro de Trujillo, los que me regalaron esa corona, pudieran ver á Lanzagorta, á su actor favorito... Pero; ¡qué remedio! me sacrifico por mi hija... Adiós, hijos míos, hasta luego. (Se va por el foro.)

ESCENA II

REGINA y EDUARDO

REG. (Señalando la sillita.) Vaya, vaya, vuelva usted á ocupar su antiguo sitio... es la misma silla de otro tiempo y hace diez días que le está esperando á usted, porque, puede que usted no se acuerde, pero han pasado diez días desde que nos vimos en casa de Carmen... y prometió usted venir á verme.

EDU. (Trémulo.) Perdóneme usted... He sido tan desgraciado... (Se sienta.)

REG. (Inquieta.) ¿Ha sido usted desgraciado?

EDU. Lo he sido y lo soy todavía.

REG. Pero, ¿qué tiene usted? ¿Qué le pasa?

EDU. Nada... nada que pueda decir. Regina, vengo á buscar un refugio cerca de usted... En adelante vendré todos los días.

REG. ¿Todos los días? ¿de veras?

EDU. Sí; quiero no separarme de usted hasta que me vuelva á marchar.

REG. (Interrumpiendo bruscamente la labor.) ¡Cómo! ¿Piensa usted marcharse otra vez?

EDU. Sí; pero no tan pronto... dentro de un mes,

de dos, ¿qué se yo? ¡Tengo tantos proyectos!... ¿No sabe usted? Hemos vuelto á ser vecinos... si, vengo á la misma habitación de antes.

REG. ¡Cómo! ¿No quiere usted vivir con su hermano? Le va usted á dar un disgusto...

EDU. No puedo: tengo necesidad de estar en Barcelona.

REG. ¡Ah! Entonces... ¿de modo que otra vez vecinos? ¡Cuánto me alegro! Volverá usted á leerme aquellos libros tan hermosos. Y mientras le escuche ¡qué cosas tan bonitas voy á hacer!... No, no dirán ahora que mis pájaros están tristes... Porque se va usted á reir; las señoritas de la tienda sostienen que se conoce en mi trabajo si tengo penas ó alegrías... Y puede que haya algo de verdad. Cuando estoy triste, también á mí me parece que mis pajaritos nacen muertos En cambio cuando estoy contenta, se diría que van á abrir los picos y á arrullarse y á extender las alas... Mire usted, mire usted este... ¡si está vivo! ¿No parece que va á echar á volar?

EDU. ¡Ah! Es que usted da la vida, Regina. A su lado se siente uno renacer... ¿Por qué habré olvidado tantos días este hogar tranquilo? ¡Pobre de mí!

REG. ¿Qué le pasa á usted? Usted sufre. Cuénteme usted sus penas y trataré de consolarlas.

EDU. No, ¡por Dios! no me obligue usted á hablar. Lo que tendría que decir no puede usted oirlo... Hable usted, usted sola, su voz es bálsamo dulce para mis heridas... Figúrese usted que soy un niño que ha cometido la primera falta y que viene á llorarla á sus pies.

REG. ¡Pobre Eduardo! Pero, entonces serán dos los niños que tendré que mimar... ¡Ah! Aquí está el otro.

ESCENA III

LOS MISMOS y LANZAGORTA. Este aparece con un aire trágico y siempre con la caja

EDU. ¡Como! ¿Tan pronto de vuelta, señor Lanzagorta?

LAN. ¡Sí!

REG. ¿No has ido á la tienda?

LAN. ¡No! (Se queda en una actitud teatral.)

EDU. Pero, ¿qué le pasa á usted?

REG. Dilo, papá, dilo, por Dios... ¿qué tienes? Habla... contesta..

LAN.
Contra las olas del mar
luchan brazos varoniles,
contra miasmas sutiles
no hay manera de luchar.

¡Ah! ¡Si yo tuviera que decir hoy estos versos!

REG. Pero, ¿qué es lo que te ocurre?

LAN. He visto á Florencio, dice que no tiene dinero y que no puede ser empresario... (Se seca una lágrima, arroja la caja sobre la mesa y cae en una silla gritando.) ¡Estoy perdido!

REG. (Corriendo á él.) ¡Padre mío!

LAN. ¡Después de luchar tanto! Diez años, quince años hace que lucho sostenido por mi mujer, y por mi hija, dos admirables criaturas... y mantenido por ellas.

REG. (Bajo, un poco avergonzada.) No digas eso, papá.

LAN. Sí, Eduardo, sí, alimentado por ellas, y yo sin enrojecer, sin avergonzarme; porque era por el arte, por el arte sagrado por lo que yo aceptaba esos sacrificios; pero ahora se ha colmado la medida: no puedo más.

REG. No te desalientes.

LAN. Déjame, déjame; me faltan las fuerzas; me siento desfallecer; han matado al artista; esto se acabó.

REG. No digas eso...

EDU. (Bajo á Regina.) Déjele usted: puede que sea conveniente aprovechar esta ocasión para que abra los ojos á la realidad y renuncie á esa quimera que les ha hecho á ustedes tan desgraciados.

REG. Acaso tenga usted razón. Pero yo no me atrevo á...

EDU. Yo le hablaré, si usted quiere.

REG. No, no; mejor es que le hable yo misma... Oyeme, papá...

LAN. Ya sé, ya sé lo que vas á decirme... que el pasado me obliga... que no tengo derecho á renunciar á la gloria... que me debo á mi país... No; mi resolución es definitiva... Tus ruegos serían inútiles... No insistas...

REG. No, si no voy á insistir, al contrario. También á mí me parece que son muy ingratos contigo... ¡No te hacen justicia .. no, no te la hacen... cuando pienso que hace quince años qne estás esperando una contrata y que la contrata no llega... con lo que tú vales! Esto no puede seguir así. Es preciso que demuestres que no necesitas para nada de... Mira, creo que á tu edad, inteligente como eres y con las relaciones que tenemos, te sería fácil .. Estoy segura de que el hermano de Eduardo te buscaría una colocación con mucho gusto... Nada, papá; estoy conforme contigo: creo que harás muy bien en renunciar á...

LAN. (Levantándose airado.) ¿A qué haré bien en renunciar? ¿Al teatro quizás? ¿Y eres tú, tú la que me lo dices? (Solloza.)

REG. (Abrazándole.) No, no; si ha sido una broma. No me hagas caso... Además, no me has entendido bien.

LAN. ¡Demasiado bien! ¡Dios mío, no me faltaba más que este golpe! ¡Mi hija no cree en mí!

REG. Sí, sí, papá, no me atormentes. Tú sabes que nadie en el mundo te ama ni te admira como yo. No he dudado ni un minuto de tu talento.

EDU. ¿Había de dudar su hija de usted cuando no dudan los extraños?

REG. Te he hablado así porque al verte tan desgraciado tuve un instante de desfallecimiento; pero ya pasó... á la lucha otra vez; seguiremos luchando todo el tiempo que tú quieras.

EDU. ¡No faltaba más!

REG. Vamos, abrázame, papá, y dime que no me guardas rencor.

EDU. ¡Bah! No hay que pensar más en ello. ¡Fuera penas! Ya procurará Regina distraerle.

LAN. ¡Distraerme! ¡Imposible! La herida es demasiado profunda. ¡Ay! Estos alfilerazos, cómo van poco á poco desgarrando el corazón.

EDU. Se me ocurre una idea. ¿No podíamos ir los tres á pasar el día de campo?

LAN. Sí que es buena idea.

EDU. Una comida como las de antaño, en un restaurant modesto, pero bien situado.. un paisaje bonito.

LAN. En Valvidrera, en Valvidrera, ¿no le parece á usted? Pero, ¡quiá! yo no puedo ir... la herida echa sangre aún. Estaría demasiado triste.

REG. Nosotros te alegraremos.

EDU. ¡Ah! ¿Me va usted á dar un desaire? Además un día de campo le probará muy bien á Regina.

LAN. Sí, eso es verdad. Pues nada, haré el sacrificio de... vé á vestirte, hija mía... ¡Ah, caramba!

REG. ¿Qué es?

EDU. ¿Qué ocurre?

LAN. Que no puedo ir al campo.

REG. ¿Por qué?

LAN. Porque no tengo polainas.

EDU. ¿Polainas?

REG. Pero, papá, me parece que para ir á Valvidrera no hay necesidad absoluta de llevar polainas.

EDU. Ni que fuéramos á las Pampas, señor Lanzagorta.

LAN. Perdonen ustedes; yo sé lo que es el campo: he representado muchas veces comedias en

que la escena pasaba en el campo y siempre he hecho esos papeles con abrigo claro al brazo y polainas blancas. Y no puede ser de otra manera. No; lo que es yo, no voy al campo sin polainas.

EDU. Pues entonces será preciso comprarlas.

REG. No habrá más remedio.

LAN. (A Regina.) ¿Estás en fondos?

REG. Ya sabes...

LAN. Sí; que no he llevado la labor á la tienda ni he traído el dinero. ¿Te parece que le pida á Eduardo?

REG. No, no; de ningún modo; toma... (Le da el portamonedas.) Pero oye, no las compres demasiado... demasiado altas.

LAN. No tengas cuidado: soy hombre razonable. Ahora, á luchar de nuevo. Ya sabes que es por tí, sólo por tí. (Sale por el foro.)

ESCENA IV

REGINA y EDUARDO

REG. ¡Pobre padre! Es necesario que me resigne á dejarle vivir con sus ilusiones.

EDU. Sí; no hay que volverse á acordar de darle consejos. Estas escenas son muy penosas para usted.

REG. Para mí, no, para él; ¡y es tan bueno y tan cariñoso el pobrecito! Vaya, deme usted el brazo: vamos á andar un poquito para ver cómo me porto. (Da algunos pasos del brazo de Eduardo.) ¡Bah! ¿No se me conoce mucho, verdad? Creo que no le dará á usted vergüenza llevarme. Ea, voy á vestirme. Tardaré poco. Menos de diez minutos. (Se va por la izquierda.)

EDU. Ha sido una inspiración del cielo la que me ha traído aquí. He encontrado mi asilo, mi refugio. ¿Por qué no vine antes?

ESCENA V

CARMEN y EDUARDO. Se abre la puerta del foro y aparece Carmen elegantísima

EDU. ¡Carmen! ¿Tú aquí? ¿Qué vienes á hacer?

CAR. Vengo á visitar á mi amiga Regina, y sé que está en casa, porque me lo acaba de decir su padre.

EDU. (Turbado.) Sí, es verdad, está ahí.

CAR. (Sentándose.) Al mismo tiempo venía también á saber noticias tuyas; supuse desde luego que aquí podrían dármelas. Estaba inquieta, como puedes figurarte; has desaparecido tan bruscamente... ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no has vuelto á casa?

EDU. ¿Por qué? Voy á decírtelo: porque tenía miedo de tí.

CAR. ¿De mí?

EDU. Sí.

CAR. ¿Y ya no le tienes?

EDU. No; no tengo más que remordimiento por la confesión que se me ha escapado en un instante de locura.

CAR. ¿Qué confesión? ¡Ah, sí, tu carta! ¡Qué idea! ¿A qué escribirme cuando estabas viéndome todos los días?

EDU. No estabas nunca sola.

CAR. (Con ironía.) Acaso tendría yo miedo de tí entonces. De todos modos, ha sido una imprudencia muy grande. Mira que si esa carta hubiera caído en manos de..

EDU. ¡Dios mío! ¿La habrás quemado, por supuesto?

CAR. No. ¿Para qué? Pero no temas, está en lugar seguro.

EDU. Quémala, te lo ruego.

CAR. ¿Por qué?

EDU. Porque es una carta infame: había perdido la cabeza cuando la escribí. Además, no es cierto lo que en ella te digo.

CAR. ¡Qué cruel eres! Quieres privarme del placer que experimento cuando la leo, porque creeme, Eduardo, la leo á menudo.

EDU. ¿Y para qué la lees? Ya te digo que no es sincera. Aunque lo hubiera sido, cuando la escribí, no lo sería ahora... Carmen, es preciso que nos podamos encontrar cara á cara sin enrojecer ni el uno ni el otro... Devuélveme esa carta, para que yo la queme y destruya luego las cenizas.. No quiero que quede ni rastro de ella... Devuélvemela...

CAR. (Levantándose.) No.

EDU. ¿No?

CAR. La tengo y la guardo.

EDU. ¿Que la guardas? ¿Para qué? ¿Qué propósitos son los tuyos?

CAR. ¡Qué se yo! Podría ocurrir que volvieras á consultar á Palacios.

EDU. ¿A Palacios?

CAR. Sí, porque él fué quien te avisó primero y te lo contó todo después... Te diría de mí seguramente: «es una miserable, un monstruo...» No, Eduardo, no tanto como eso; se exagera mucho... No soy más que la hija de unos pobres artesanos, en quien el lujo de unos vecinos ricos despertó ideas de ambición y de vanidad... En el mismo caso hay dos mil muchachas en Barcelona. No se puede ver la riqueza sin ambicionarla, sobre todo siendo mujer... Eduardo, he sufrido veinte años de humillaciones: veinte años de envidia y de miseria, despreciada de todos y sin ver satisfecho jamás uno solo de mis caprichos: hora es de que tome el desquite, y le tomo. Y en este momento dichoso de mi vida es cuando vienes á caer aquí como un juez severo para castigarme, destruyendo mi felicidad... Y creías que te lo iba á consentir... No me conoces. Estoy armada contra tí, y bien armada. Habla y hablaré. No haré más que usar del derecho legítimo de defensa. ¿Me has entendido ahora?

EDU. Perfectamente... De modo que lo que me dijiste el día de mi llegada, aquella comedia

de amor que representaste entonces, no tenía más objeto que hacerme escribir una carta.

CAR. Nada más.

EDU. ¡Infame, embustera!

CAR. (Sonriéndose y levantándose.) Cuando fuí obrera trabajé en perlas falsas, y siempre me ha quedado algo en los dedos. (Se acerca á la ventana y mira por ella.)

EDU. Apártate de ahí.

CAR. ¿Por qué?

EDU. Porque estás cerca de la ventana y es una tentación.

CAR. No eches por ese camino: tampoco me asustan las amenazas.

EDU. ¿Pero tan sujeto crees tenerme con esa carta maldita?

CAR. Todo lo que me hace falta.

EDU. Te equivocas.. ¿Crees que voy á consentir la ruina y el deshonor de mi hermano, y que arrastres por el cieno su nombre, que es el mío... porque tienes en tu poder?... ¿Sería yo tan infame y tan miserable como tú? No, no; ese temor no me detendrá.

CAR. Veo que has olvidado los términos de tu carta; te los recordaré.

EDU ¿La tienes ahí?

CAR. ¿Qué más da? La sé de memoria... ¿No te he dicho que la he leído muchas veces?... Oye... (Se abre la puerta de la izquierda y aparece Regina, que se detiene, sin que la vean Carmen ni Eduardo.) «Te amo ciego, te amo como un loco...» Severo juez... ¿no es esto lo que escribiste á la esposa de tu hermano?

REG. (¡Oh!) (Maquinalmente va repitiendo en voz baja las palabras de Carmen.)

CAR. «Te amo ciego, te amo como un loco... te amo más que nunca y para siempre... ¿A qué luchar y á qué combatir? Nuestro amor es más fuerte que nosotros.»

EDU. (Lanzándose á ella.) ¡Mi carta, dame mi carta!

CAR. ¡Nunca, nunca!

EDU. ¡Mi carta, infame, ó te arrojo por la ventana! (Arrastrándola á la ventana.)

REG. ¡Eduardo! (Eduardo se vuelve y suelta á Carmen, que huye por el foro. Regina vacila y se apoya en el sillón para no caer. Eduardo da un paso para sostenerla. Le detiene ella con un gesto y dice con la voz velada por los llozos.) «Más que nunca y para siempre...» ¡Ah! ¡Dios mío! (Cae.—Telón.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

La caja de la casa Alsina y Ripoll. Banquetas, sillas, mesa para escribir. Una lámpara, Es de noche. A la izquierda, la caja, propiamente dicha, separada, de la pieza principal, por una reja con ventanillo. Caja de caudales, mesa, detrás del ventanillo, silla y una puerta que conduce á las demás oficinas. En el fondo, una gran puerta, que cuando se abre, permite ver el descansillo de la escalera, muy alumbrado y lleno de flores. Se oirá, á su tiempo, la música de un baile.

ESCENA PRIMERA

PALACIOS y LANZAGORTA. Palacios, en su sitio, tras de la reja. Lanzagorta, de frac, con una flor en el ojal

PAL. (Oyendo abrir la puerta.) ¿Quién es?

LAN. (Entrando.) Nadie, amigo Palacios, es decir, yo, Lanzagorta. Subía á casa de Florencio, he visto luz en la oficina, y se me ha ocurrido entrar á darle á usted las buenas noches... Pero, ¿qué traje es ese? ¡Cómo! ¿Usted tan amigo de Ripoll, no irá al baile conque nos obsequia?

PAL. (seco.) No.

LAN. Tampoco Regina ha podido venir; la pobrecita tiene mucha labor; menos mal que se queda acompañada y Eduardo la distraerá leyendo algún libro... ¡Qué fortuna la de esta gente, que puede rechazar las invitacio-

nes y hacer lo que le de la gana! A mí, me es imposible.. mi ausencia se notaría muchísimo... ¡Como que me esperan para que recite alguna cosa! Figúrese usted que dejo de venir, un conflicto para Florencio. Los artistas nos debemos al público... Es nuestro destino: luchar, siempre luchar.

ESCENA II

LOS MISMOS y LUISA

LUISA (Entrando vivamente por el foro.) ¡Julio! ¡Julio! (Sorprendida al ver á Lanzagorta.) ¡Ay! Dispense usted... oí hablar y creí...

LAN. (Finísimo.) No, no; quédese usted. Precisamente me iba á retirar en este momento. (Saluda y sale por el foro.)

LUISA (Acercándose á la reja.) ¿Ha visto usted á mi marido, Palacios?

PAL. (Sombrío.) No, señora. (Sale á la habitación.)

LUISA Es extraño que no venga; tanto, que he mandado á preguntar por él al Círculo. ¿Se le habrá olvidado que tenemos que ir al baile de Ripoll?

PAL. (Con coraje.) ¡Ah! Sí... al baile... ya están bailando arriba hace un ratito bueno... ¿No oye usted?

LUISA ¡Lo dice usted con un tono!... Pero no me había fijado. Usted no tiene costumbre de estar en el escritorio á estas horas... ¿Por qué no se ha marchado usted? ¿Qué pasa?

PAL. Nada, señora; nada de particular.

LUISA No trate usted de ocultármelo... aquí ocurre algo extraordinario, lo conozco en su cara y en la vacilación con que se expresa... Palacios, ¿por qué está usted aquí? Quiero saberlo.

PAL. ¡Por Dios! Señora... arreglo mis papeles, consulto mis libros... mañana es fin de mes y tenemos que pagar una letra importante.

LUISA Pero, estará usted prevenido... ¿No tiene usted dinero?

PAL. No, señora; no lo tengo.

LUISA ¡Cómo! ¿No?... ¿Y no ha advertido usted á mi marido y á Ripoll?

PAL. ¡Si no los veo nunca! El señor Alsina no pone los pies en el escritorio; de modo que me ha sido imposible hablarle.

LUISA En efecto, está siempre fuera... Pero Ripoll no sale jamás; demasiado sabía usted dónde encontrarle.

PAL. Es que á Ripoll no le hablo yo.

LUISA ¿Por qué?

PAL. (Con violencia.) Porque tengo miedo de... de... (Conteniéndose.) tengo miedo de molestarle.

LUISA En fin, es muy extraño que una casa como la nuestra, con un cajero tan celoso y tan formal como usted, se encuentre sin dinero la víspera del vencimiento de una letra importante á las diez de la noche. Nunca lo hubiera creído en usted, Palacios.

PAL. Señora, ¿me acusa usted á mí? ¿A mí? Yo no tengo la menor culpa, se lo juro á usted.

LUISA Pero la casa, como es natural, tendrá créditos que cobrar.

PAL. Sí... sí... aquí en los libros... hay algunos créditos.

LUISA ¿Y por qué no se cobran?

PAL. Señora, puesto que usted lo quiere, va usted á saber le verdad entera... Desde esta mañana no he hecho más que correr por Barcelona... He estado en el Banco Agrícola... en casa de Foncuberta y Compañía... en casa de los Hijos de Soler... en veinte casas más... en todas partes me han dado la misma contestación. Hace un mes, hace dos, hace tres, habían estado de la casa á cobrar los créditos... Y me enseñaban los recibos con las firmas indubitables... Yo me quedaba atónito, figúrese usted, loco de indignación y de vergüenza... ¡Ah! No olvidaré este día terrible mientras viva.

LUISA De modo que esos créditos han sido cobrados, ese dinero debía estar en caja y usted no lo ha recibido... Palacios, ¿quién ha guardado ese dinero?

PAL. No lo sé, señora.

LUISA — Sí, Palacios; sabe usted perfectamente, como lo sé yo, que Ripoll no se ocupa en los asuntos de la administración, siempre trabajando en sus dibujos y en sus máquinas, y que, por consecuencia, sólo Julio ha podido ser el que... Pero, ¿cómo no le ha prevenido á usted?

PAL. — ¡Quién sabe, señora! Puede que el señor Alsina haya jugado... Se juega mucho en el Círculo Industrial, y á veces por compromiso.

LUISA — No tiene usted ninguna necesidad de disculpar á mi esposo... (Ruido en la puerta de la izquierda.) Aquí está, sin duda. Ya se explicará él mismo. (Se abre la puerta y aparece una Criada.) ¿Qué hay?

CRIADA — Ramón ha vuelto: dice que el señor no estaba en el Círculo.

LUISA — ¿Está seguro? ¿A quién se lo ha preguntado?

CRIADA — Al mismo conserje que ha añadido que hace seis meses el señor no va por allí.

LUISA — (¡Dios mío!)

PAL. — (¡Imbécil!)

LUISA — Está bien... vete.

CRIADA — ¡Ah! El señor llega. (Sale por el foro.)

LUISA — Al fin. (A Palacios que va á retirarse.) Quédese usted en su puesto, Palacios, no me estorba usted.

PAL. — Está bien, señora. (Se sienta.)

ESCENA III

LUISA, JULIO ALSINA y PALACIOS, detrás de la reja

ALS. — (Por el foro.) ¡Cómo! ¿Estás aquí? Perdóname, hija mía, no he podido venir antes. Ya sabes lo que son los negocios.

LUISA — No era yo sola á esperarte... Palacios se impacientaba también... ¿Le traerás dinero, por supuesto?

ALS. — ¡Cómo! ¿Te ha dicho?...

LUISA — Me ha dicho que tenía necesidad de hablar-

te de la letra que vence mañana... nada más que eso.

ALS. ¡Ah! sí, sí; no hay que inquietarse... Mañana por la mañana tendremos fondos... Precisamente vengo de casa del banquero y me ha prometido...

LUISA ¿Y por qué mañana por la mañana? Además, tú tienes dinero; has cobrado muchísimo en estos últimos días, ¿qué has hecho de ello?

ALS. ¡Pero, Luisa, por Dios, tú hablando de estas cosas!

LUISA Sí, yo, yo... ¿No quieres que en la víspera de un vencimiento que no puedes pagar, cuando veo la casa comprometida, me informe y me inquiete?... Tú has cobrado los créditos, no lo puedes negar... ¡Bien! ¿dónde está el dinero?

ALS. Perdón, Luisa; te lo confesaré, ya es que preciso; he tenido un momento de debilidad, y á pesar de la promesa que te hice, he jugado y he perdido.

LUISA ¿En el Círculo Industrial?

ALS. Sí.

LUISA Hace seis meses que no has puesto los pies en él. Lo acaba de decir el conserje .. y, sin embargo, sales todas las tardes, ¿puedes decirme á dónde vas? Y el verano pasado, cuando estuvimos en el campo, me dejabas sola los domingos; ¿puedes explicarme cómo los pasabas?

ALS. ¡Pero, Luisa!...

LUISA No encuentras nada que responder... Pues bien, yo te lo voy á decir. Tienes una amante.

ALS. ¿Cómo puedes creer?...

LUISA No mientas más, bastante has mentido... Hace mucho tiempo que vivo envuelta en misterios, en tinieblas, que siento que la desgracia se cierne sobre mí... ¡Ah! Ahora comprendo esas miradas maliciosas, esas sonrisas reprimidas, la piadosa compasión que me rodeaba... Todo el mundo sabía que me engañabas, y yo, yo sola... pero defiéndete, inventa un embuste... dí algo... procu-

ra convencerme... No, no; mejor es que te calles... tengo la prueba de tu traición... No podría creerte... (Se echa á llorar.) ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! (Pausa. Se oye la música.)

ALS. (Acercándose á ella.) Luisa, te suplico que me oigas.

LUISA Déjame, mi resolución está tomada; sé lo que tengo que hacer. No he de vivir un minuto más en esta casa: me iré de ella con mi hija. No quiero que en adelante haya nada de común entre los dos.

ALS. Pero eso es imposible, Luisa... No, tú no me abandonarás.

LUISA (Resuelta.) Lo vas á ver ahora mismo.

PAL. (Saliendo.) Señora, ¡por Dios! ¿y yo? ¿y el dinero? Tendremos que declararnos en quiebra.

ALS.
LUISA } (Casi á un tiempo.) ¡En quiebra! (Luisa cae sobre un sillón.)

PAL. Sí, señor; á ese extremo hemos llegado... Es preciso mirar la situación cara á cara y llamar á las cosas por su nombre. La casa se hunde por todas partes... Tenemos que declararnos en quiebra.

ALS. ¡Dios mío! ¡En quiebra! (Cae en un sillón y se cubre la cara con las manos.)

LUISA (Mirándole.) No; sería muy cobarde si le abandonara en estos momentos de angustia... No debo irme, no me iré.

ESCENA IV

DICHOS y FLORENCIO, de etiqueta, por el foro. Palacios se separa cuando le ve entrar

RIPOLL ¿Qué es esto? ¿No suben ustedes?... Está hermoso, hermosísimo... lo que se dice espléndido... Hay gente hasta en los pasillos... No hay manera de moverse ni de respirar... ¡y qué trajes! Deslumbradores... ¡y qué música!... Carmen ha cantado, ¡lo que la han aplaudido! Ahora va á recitar Lanzagorta no sé qué del *Sancho García*... Es preciso

que vayan ustedes en seguida... Todo el mundo pregunta por ustedes... Pero, ¿qué es esto? ¿No van ustedes á subir?

LUISA — Sí, sí; teníamos intención de subir, querido Ripoll, ya lo creo.

ALB. — Pero los negocios me han retenido más de lo que creía y ahora acaso sea tarde.

RIPOLL — ¡Qué ha de ser tarde! No dejen ustedes de ir, por favor... Si ustedes faltaran, Carmen tendría un disgusto... Además, hay que pensar en todo... No viéndole á usted en mi casa, en una noche como esta, creería la gente, ¡qué sé yo! que no nos llevamos bien, ó que la casa no disfruta de vida próspera... Ya sabe usted que en el comercio todo se cotiza.

LUISA — Sí, tiene razón, es preciso que se nos vea allí, es necesario ir á ese baile aunque no sea más que un momento. (Imperativa.) Vamos, Julio. (A Palacios.) Espérenos usted ahí, volveremos en seguida. (Salen del brazo lentamente.)

ESCENA V

FLORENCIO y PALACIOS

PAL. — (¡Heróica mujer! ¡Y pensar que sube á casa de esa perdida! ¡Y que es él, él mismo, quien la viene á buscar! ¡Ah! ¡No sé cómo me contengo!)

RIPOLL — (Va á salir tras de los otros. Luego se detiene, vacila, y por fin se dirige resueltamente á Palacios.) ¿Y tú, mi querido Palacios, por qué no has querido asistir á mi baile? ¿Va á ser eterno ese resentimiento que tienes conmigo? Y sepámoslo de una vez, ¿por qué estás resentido? Yo no te he ofendido jamás; por lo menos no he querido ofenderte... Te daré luego todas las explicaciones que quieras... Ea, pelillos á la mar, choca. (Le tiende la mano. Palacios no se mueve. Con dignidad.) Te he tendido mi mano, Palacios.

PAL. Y yo no quiero estrecharla, Ripoll.

RIPOLL ¡Cómo! ¿Y por qué te niegas á estrechar mi mano?

PAL. ¿Por qué? Te lo voy á decir... porque has arruinado la casa.

RIPOLL ¿Estás loco?

PAL. Porque tengo que pagar mañana doscientas mil pesetas, y por tu culpa no hay un céntimo en caja.

RIPOLL ¡Por mi culpa! ¿Yo he arruinado la casa? ¿Yo? ¿Yo?

PAL. Sí, por tu ceguera, tu debilidad, ó lo que fuere... aceptando balances falsos; dejando á tu mujer que compre casas de campo... y carruajes... y joyas... y que dé fiestas como la de esta noche...

RIPOLL Espera, espera... No vayas tan deprisa... Me aturdes... no te entiendo... Dices que el balance era falso... Pero, ¿no me lo presentaste tú?

PAL. No; no fuí yo...

RIPOLL Sí, tienes razón... Ahora recuerdo... Fué Julio... sí... fué Alsina... ¿Y dices que era falso el balance?

PAL. Sí.

RIPOLL ¿Por qué no me advertiste entonces?

PAL. Porque hay cosas que un extraño, por muy amigo que sea, no se atreve á decir... pero avisé á Eduardo para que viniera inmediatamente.

RIPOLL ¿A Eduardo? ¿De modo que Eduardo ha venido por eso?

PAL. Sí... ¡Y no te ha dicho nada aún! Sin duda se lo han impedido... Por algo ha abandonado tu casa... no habrá querido ser cómplice de tu mujer y Alsina.

RIPOLL ¡Dios mío! Entonces, según tú, Alsina ha robado la caja para hacer regalos á mi mujer... y Carmen es su... Basta con pensarlo, que no pronuncien mis labios la palabra maldita... y ese lujo que me rodea, ese bienestar que yo creía haber ganado le debo á mi deshonra... ¿Es esto lo que quieres decir? Vamos, habla, habla en seguida... No,

espera: bastante elocuente es tu silencio.. ella es la que va á hablar, ella es la que va á responderme. (Sale dejando abierta la puerta y grita con voz terrible.) ¡Carmen!... ¡Carmen!... Que digan á Carmen que baje inmediatamente...

PAL Y yo que creía que él... ¡Ripoll! ¡Ripoll!... La va á matar... Si estuviera aquí Eduardo .. Hay que avisarle. (Sale un instante por la izquierda.)

ESCENA VI

CARMEN, FLORENCIO, después PALACIOS

CAR. ¿Qué sucede? ¿Te has vuelto loco para gritar así?

RIPOLL Entra, entra... ¿Sabes lo que acaban de decirme?... Que estos diamantes... que estas joyas... Vamos, no mientas, ¿cómo has adquirido todo esto?

CAR. (Eduardo le ha hablado. Estoy perdida.)

RIPOLL ¿Quién te lo ha dado? ¿No respondes? ¿De modo que es verdad? ¡Miserable!

PAL. (Entrando.) ¡Ripoll!

RIPOLL No tengas miedo; antes de vengarme tengo otra cosa que hacer... ¿Hemos robado? Restituiremos... Vamos, pronto, pronto, esas pulseras, esos pendientes, ese collar...

CAR. (Temblando.) No entiendo lo que quieres decir...

RIPOLL Quítate todas esas joyas inmediatamente ó te las arrancaré yo. (La arranca el collar que arroja sobre la mesa.)

CAR. Que me lastimas, Florencio... (¡Ah! Me vengaré de Eduardo.)

RIPOLL (Sin escucharla y dándole las joyas, unas que se quita ella y otras que le arranca él, á Palacios.) Toma, Palacios, toma... Y además tengo la casa de campo, que venderé en seguida... y los coches... y los muebles, y todo. (Al volverse ve á Luisa que acaba de entrar.) ¡Ah! ¿Es usted, señorita Luisa? Llega usted oportunamente.

(Coge á Carmen del brazo y la lleva brutalmente delante de Luisa.) ¡Restitución y reparación!... ¡De rodillas!

CAR. (Luchando.) No, no...

RIPOLL ¡De rodillas!

LUISA ¿Cómo?

RIPOLL (Obligándola á arrodillarse.) De rodillas delante de la mujer arruinada y ultrajada por tí.

LUISA ¡Era ella!... ¡Dios mío!

RIPOLL Vas á repetir conmigo y palabra por palabra lo que te voy á decir. Señora...

CAR. No, no...

RIPOLL Lo quiero... lo mando... Señora...

CAR. (Dominada por el dolor.) ¡Señora!

RIPOLL Toda una vida de humildad y de abnegación y de arrepentimiento bastaría apenas...

CAR. Toda una vida de... ¡No! ¡No! ¡No puedo! ¡No quiero! (Hace un esfuerzo terrible, se levanta, desprendiéndose de las manos del marido, y huye por el foro.)

ESCENA VII

DICHOS, menos CARMEN

RIPOLL (A Luisa y Palacios que hacen un movimiento.) No, dejadla marchar... que se vaya á la calle... al arroyo... del arroyo la recogí, justo es que vuelva á él.. Que no se hable aquí más de esa desgraciada... Tenemos otra cosa que hacer, tenemos que salvar el honor de la casa, y eso es lo único que nos debe ocupar en este instante... A tu puesto, Palacios... Coge tus libros y echemos nuestras cuentas... ¿Cuánto hay que pagar mañana?

PAL. Doscientas mil pesetas.

RIPOLL ¿Cuánto hay en caja?

PAL. Nada.

RIPOLL ¿Creditos á cobrar?

PAL. Ninguno.

RIPOLL Sin embargo, es preciso pagar...

PAL. El señor Alsina me ha dicho que el banquero le ha prometido para mañana...

RIPOLL ¿Dónde está Alsina?... Vé á buscarle.

LUISA (*Vivamente.*) No; acaba de salir... no le encontraría usted...

RIPOLL No ha salido... está arriba, y es necesario que yo le hable. (*A Luisa, dulcemente.*) Se lo suplico á usted, Luisa, vaya usted á buscar á su marido... Si teme usted que al verle en mi presencia recuerde el agravio y me ciegue el coraje, quédese usted entre los dos... no tendré más que mirar á la hija del hombre á quien debí tanto para acordarme de la palabra que doy á usted y del deber que me he impuesto de salvar, ante todo y sobre todo, el honor de la casa... ¿No me cree usted, señora?

LUISA Sí, sí; le creo á usted; pero tengo miedo... Las fuerzas humanas tienen su límite, y temo que la presencia del que le ha hecho á usted tanto daño...

RIPOLL ¡Hermosa criatura que no se acuerda más que del daño que me han hecho á mí! ¡Lo que usted ignora es que los aborrezco tanto por el agravio que le han inferido á usted, como por el mío propio... ¡Ah! ¡Los infames! ¡Los infames!

LUISA ¿Lo ve usted? No podría usted contenerse... Vamos, Ripoll, amigo mío, permita usted que no venga... Su vida le pertenece á usted y él lo sabe: no haría nada por defenderla. Pero si él muere, ¿qué será de mí?... No es la esposa la que le suplica á usted, es la madre. Tengo una hija y usted la ama: acuérdese usted de la pobre inocente.

RIPOLL No la olvido, señora, no la olvido. Por su hija de usted trabajo en este momento; por ella quiero levantar la casa, comprometida por mi culpa... Sea lo que usted quiera. (*A Palacios.*) Nos pasaremos sin Alsina... Mañana por la mañana irás al Hotel Bristol: preguntarás por Mr. Simpson, de Londres, y le dirás de mi parte que la prensa es suya... Máquina, patente, nombre, derecho de explotarla, en fin, todo. El inglés te entregará en el acto trescientas mil pesetas.

PAL. (Estrechándole la mano.) ¡Qué mal te conocía!

RIPOLL Acuérdate de lo que te dije el día de mi boda. Nada para mí, antes que la casa Alsina.

LUISA ¡Corazón generoso! ¿Cómo podré demostrar á usted mi gratitud?

RIPOLL (A una criada, que entra por el foro.) ¿A qué vienes? ¿Qué traes?

CRIADA Una carta que al marcharse ha dejado la señora para usted.

RIPOLL Está bien, dámela. (La criada sale.) Aún se atreve á escribirme... No la leeré... Tengo otra cosa que hacer... ¿Qué me puede decir? Alguna nueva mentira... ¡Ah! Este perfume me la recuerda... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Con lo que yo la amaba! (Cae en una silla con la cabeza entre las manos.)

ESCENA VIII

DICHOS, REGINA y EDUARDO por la izquierda

REG. (Entrando.) Allí está... allí está...

EDU. (Acercándose á Florencio.) ¡Florencio! ¡Florencio! Soy yo...

RIPOLL ¡Eduardo! ¡Hijo mío! ¡Cómo me consuela verte! ¡Tú me quieres, tú eres honrado... tú no engañas!... No me abandones nunca, Eduardo. Ya no me queda en el mundo nadie más que tú... Solamente en tu pecho podré reclinar mi cabeza. ¡Ay! ¡Si supieras lo que estoy sufriendo!... ¿Pero qué digo? No... venceré mi pesar para cumplir mi deber... Me espera una ruda labor... Mira, iba á tener una debilidad... iba á leer esa carta que esa mujer me ha escrito... Tómala... léela tú... si pide algo, vé lo que se puede hacer; pero ¡por Dios! no me hables de ella, no quiero pensar en ella más.

EDU. (Abriendo la carta, y sin poderse contener.) ¡Oh!

RIPOLL ¿Qué tienes?

EDU. Nada.

RIPOLL Sí, te has quedado pálido... tiemblas... Algu-

na nueva perfidia de esa infame... Dame esa carta. No temas. No puede hacerme más daño que el que me ha hecho.

EDU. ¡Florencio, te suplico!...

RIPOLL Dámela. (Se la arranca.) ¡Si es tu letra! ¡Cómo! ¿Mi mujer tenía una carta tuya? (Lee.) «Te amo ciego, te amo como un loco...»

REG. ¡Toma! ¿Qué lee usted ahí, don Florencio? Esa es la carta que me escribió Eduardo para declararse .. ¿Cómo se encuentra en poder de usted? Yo, para que mi padre no la viera, se la dí á Carmen, encargándola que la guardara bien. ¡Y ella ha abusado de mi confianza! Devuélvamela usted, se lo suplico... ¡Cómo! ¿Duda usted de lo que digo? Pues le puedo dar una prueba concluyente de que es mía... La sé de memoria... ¡Ah! ¡Me emocionó demasiado para que pueda olvidarla! A ver si dice lo que yo vaya diciendo. Estoy segura de no equivocar ni una palabra. «Te amo ciego, te amo como un loco... te amo más que nunca y para siempre. ¿A qué luchar y á qué combatir? Nuestro amor es más fuerte que nosotros.» ¿Es esto, no es verdad, Eduardo?

EDU. ¡Oh! Si; más que nunca y para siempre.

RIPOLL ¿De modo que es cierto, es cierto? ¿La ama á usted?

REG. Ahora creo que sí.

RIPOLL Algo me queda en medio de mi desgracia: ¡vuestra felicidad! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE JOAQUIN ABATI



Entre Doctores.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Azucena.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original

Ciertos son los toros.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Condenado en costas.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El otro Mundo.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (1)

Doña Juanita.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

Los niños.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

La conquista de Méjico.—Comedia en un acto y en prosa, original.

Los litigantes.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Causa criminal.—Monólogo en prosa, original.

La enredadera.—Juguete cómico en un acto y dos cuadros, en prosa, original.

De la China.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (3)

Los besugos.—Sainete lírico en un acto y seis cuadros, en prosa y verso, original. (3)

Los amarillos.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa. (2)

El tesoro del estómago.—Caricatura en un acto y tres cuadros. (3)

Lucha de clases.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. (4)

Las Venecianas.—Ensayo cómico-lírico en un acto y tres cuadros (la música). (5)

La buena crianza ó tratado de urbanidad.—Monólogo cómico, original, en prosa.

Tierra por medio.—Zarzuela en un acto. (4)

El Código penal.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa. (6)

Tortosa y Soler.—Comedia en tres actos y en prosa. (7)

Aquilino Primero.—Juguete en un acto. (8)

El Himeneo.—Monólogo en prosa.

Un hospital.—Monólogo en prosa. (3)

Los hijos artificiales.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (7)

El intérprete.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (3)

El trébol.—Zarzuela cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa (9).

El aire.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (9)

Tortosa y Soler.—Refundida en dos actos. (7)

La Mulata.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (3) y (9)

Alsina y Ripoll.—Comedia en cinco actos y en prosa. (6)

La Marcha Real.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (9)

La taza de the.—Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros (9) y (11)

El 30 de infantería.—Juguete cómico en tres actos y en prosa (10).

---

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García.
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo.)
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.
(8) Idem con Don Emilio F. Vaamonde.
(9) Idem con Paso.
(10) Idem con Don Luis de Olive.
(11) Idem oon Don Maximiliano Thous.

Los ejemplares de esta obra se halla[n] de venta únicamente en el Despacho Cen[-]tral, Arenal, 20.

Precio: DOS pesetas